

MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

Núm. 25

50 Céntr.

ecuba



PROPIEDAD. DERECHOS RESERVADOS.

Ed. "Saturnino Calleja"

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL.

Acaba de terminarse la monumental

HISTORIA DEL ARTE

EN TODOS LOS TIEMPOS Y PUEBLOS

por

KARL WOERMANN

No es posible dar al público idea, ni siquiera aproximada, de lo que es una obra como nuestra edición de la famosísima HISTORIA DEL ARTE, de Woermann, en unas cuantas palabras que el lector ha de mirar distraídamente, porque confunde en un mismo escepticismo indiferente todos los elogios de cuanto huele a «suelto de contaduría». No dicen ya nada los epítetos encomiásticos, a la vez lustrosos y deslustrados, como prendas mostrencas vestidas y sobadas por cada cual.

Nada podrá sugerir al lector una imagen tan convincente como el hojear uno tras otro los seis volúmenes de nuestra edición, y palpar, ver, sentir la riqueza, el esfuerzo, la utilidad, el encanto que suponen tantos miles de obras de Arte descritas, estudiadas y REPRODUCIDAS en las cinco mil páginas que esta obra formidable contiene.

Por eso no pretendemos que éste anuncio sea exposición de méritos con ánimo de convencer a los lectores para que adquieran la obra: deseamos solamente que sea un *ruego razonado* al público para que busque la obra y la examine. Esto nos basta, porque sabemos lo que sucederá a toda persona cultivada que contemple la edición española de esta obra incomparable.

LA OBRA. A los peritos, nada hay que decirles. Se trata de la HISTORIA DEL ARTE de Woermann. Y ya saben lo que eso significa. A los no especialmente versados les diremos que Woermann es la máxima autoridad en el país de la máxima ciencia.

LA EDICIÓN ESPAÑOLA. Evitemos adjetivos. Enumeremos hechos solamente. Nuestra edición contiene *más del doble de las ilustraciones contenidas en la edición alemana.*

Damos, pues, ese mismo libro de ciencia, célebre en todo el mundo; ese guía siempre enterado, siempre ordenado, siempre claro y seguro; esa enciclopedia de Arte, arsenal inagotable, archivo copioso y completísimo, donde de cada cuadro de Madrid, de La Haya, de Amberes, de Leningrado; de cada escultura de Atenas, de Munich, de París, de Florencia; de cada monumento de Italia, del Japón, de Rusia, de Inglaterra, de España, de la India, encontrará la nota justa, la apreciación exacta, la referencia cabal. Damos, sí, todo eso que ha sido la razón del éxito y del prestigio de la edición alemana; pero nosotros a todo eso le hemos añadido la fotografía de muchísimos de esos cuadros, de muchísimas de esas esculturas, de muchísimos de esos monumentos, reuniendo un conjunto de asombrosa riqueza *no igualado por ninguna otra obra similar del mundo entero.* Nuestra edición es un alarde honroso para el país donde se ha hecho; es como síntesis de todos los museos, como guía ilustrada de todos los viajes.

Woermann abarca en su obra todos los aspectos del Arte, incluso los novísimos, y por supuesto los del Arte español, que conoce por visión directa y que le inspira particular entusiasmo. Pero Woermann es alemán, y obedece a la ley invariable que impulsa a los autores a dedicar preferente atención y mayor espacio al arte de su país.

En nuestra edición, el mismo Woermann ha condensado, a ruego nuestro, ciertos estudios relativos principalmente a los aspectos menos interesantes del arte alemán, y nosotros hemos llenado ese espacio —y muchísimo más— con tres capítulos especiales sobre la Arquitectura, la Pintura y la Escultura en España durante el siglo XIX y los años transcurridos del XX. Estos capítulos no sólo son nuevos en la HISTORIA DEL ARTE de Woermann, sino que son *el primer estudio de conjunto publicado sobre el Arte español moderno y contemporáneo.* Su ilustración en esta parte, más rica que en ninguna otra de la obra, es colección *única* también, no sólo por la cantidad, sino por la calidad de las obras reproducidas.

Con igual largueza y con no menos esmerada selección hemos añadido todo cuanto más importante y señalado ha producido el arte francés nuevo y novísimo y muestras suficientes de los otros países. No podemos menos de repetir aquí al lector que no se atenga a nuestras palabras: que juzgue por sí mismo examinando la obra. **En todas las librerías importantes puede encontrarla. Desde pueblos donde no la hubiese se nos puede pedir, y nosotros enviaremos con el mayor gusto un tomo de muestra sin compromiso de adquirirla.**

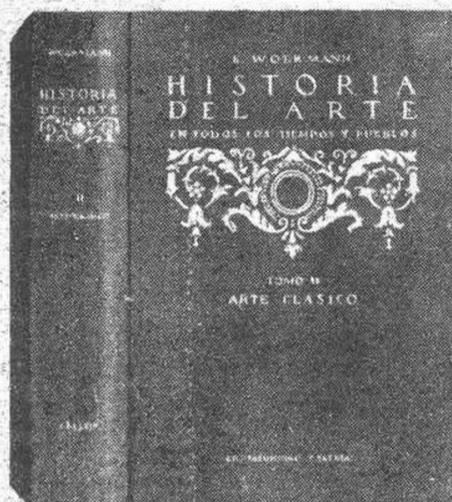
Lo indicado son ejemplos, que no enumeración completa de las mejoras introducidas en nuestra edición. En ella encontrará el lector incesantemente notas aclaratorias, información española complementaria, apéndices especiales, como el que en el tomo I se dedica al *Arte rupestre en España*, o el que en el tomo II se ocupa de la *Arquitectura romano-española*, etc., etc.

LAS ENCUADERNACIONES. La HISTORIA DEL ARTE de Woermann es la obra para todos. Ninguna otra puede más indiscutiblemente blasonar de serlo. Pero entre *todos* hay gustos dispares y apreciaciones distintas. Por eso hemos hecho de la obra *tres distintas encuadernaciones*, orientadas hacia sendos grupos de lectores. Todas son finas, selectas, dignas de la obra incomparable que cobijan. Sus precios se acomodan también a una escala gradual; y todos son asequibles a cualquier presupuesto, ya que *cualquiera de las tres ediciones se vende a plazos en condiciones cuya comodidad apreciará quien solicite el prospecto especial que remitimos gratis.*

ENCUADERNACIÓN
EN TELA INGLESA
CON ESTAMPACIÓN EN ORO

ENCUADERNACIÓN
EN MEDIO CHAGRÍN

ENCUADERNACIÓN
EN CHAGRÍN FINO



Elegante, sólida, barata,

esta encuadernación en tela es la adecuada para quienes necesitan armonizar su deseo de adquirir obra tan monumental con las exigencias de un presupuesto reducido.

Precio al contado:
PESETAS 250 PESETAS

Precio a plazos:
La obra completa
PESETAS 275 PESETAS

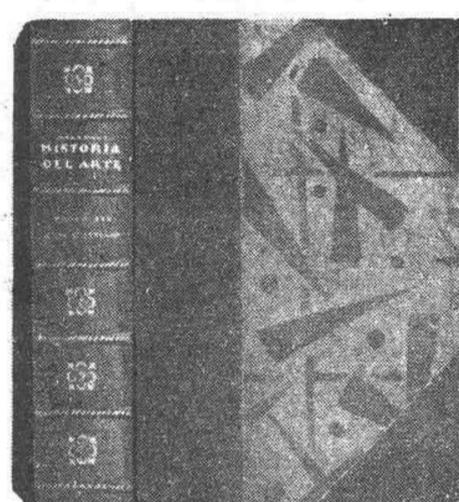


Encuadernación de lujo

con planchas inspiradas en el insuperable arte del libro en el siglo XVIII. Quien adquiera esta encuadernación comprará a la vez la mejor *Historia del Arte* y una rica obra de arte.

Precio al contado:
PESETAS 300 PESETAS

Precio a plazos:
La obra completa
PESETAS 350 PESETAS



La encuadernación de bibliófilo.

Suntuosa y señorial. Ornato de una biblioteca, esta edición da tono y carácter a un despacho como una serie de viejos grabados auténticos o de magníficas porcelanas.

Precio al contado:
PESETAS 350 PESETAS

Precio a plazos:
La obra completa
PESETAS 400 PESETAS

MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

AÑO II — Núm. 25

10 Febrero 1926

DIRECTOR:
RAFAEL CALLEJA

Directora de la Moda:
MADAME MARTINE RENIER
Redactora-jefe de la Moda
en la Revista de Paris
FEMINA

SE PUBLICA LOS MIÉRCOLES
NÚMERO: 50 CÉNTIMOS

SUSCRICIÓN:
ESPAÑA Y AMÉRICA: UN AÑO, 23 PESETAS.
SEMESTRE, 12 PESETAS. TRIMESTRE, 6 PESETAS.
OTROS PAÍSES: UN AÑO, 35 PESETAS.

Se admiten suscripciones por un mes (2 pesetas) a las personas residentes en Madrid, Barcelona, Santander y Sevilla.

ADMINISTRACIÓN:
ED. "SATURNINO CALLEJA", S. A.

Cierre y talleres:
SAN SEBASTIÁN
Correspondencia y suscripciones:
CALLE DE VALENCIA, NÚMERO 28
Apartado 447
MADRID

UNA INFORMACIÓN DE "MUJER"

*¿Cuál es a juicio de usted el mayor defecto de la vida actual?
Y ¿cuál su mayor encanto?*



*El Director de
"El Liberal"*

¿Cuál es, a juicio de usted, el mayor defecto de la vida actual?

El de ser muy corta.

Y ¿cuál su mayor encanto?

Saber aprovecharse de su mayor defecto.

Juan Villanueva



*El Conde de
Bugallal*

¿Cuál es, a juicio de usted, el mayor defecto de la vida actual?

La envidia, con su compañera inseparable, la maledicencia.

Y ¿cuál su mayor encanto?

La independencia en el pensar y en el obrar.

Gabriel Bugallal



El Alcalde de Madrid

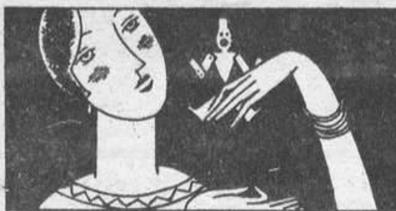
¿Cuál es, a juicio de usted, el mayor defecto de la vida actual?

El grosero materialismo que la inspira, la falta de normas morales económicas que engendró la post-guerra, la escasez de idealismos, la carencia de vibraciones afectivas y sentimentales que tanto echamos de menos los eternos Quijotes de la noble Quimera, los paladines del ensueño, los perpetuos admiradores de aquellos románticos del siglo pasado que sabían vivir y morir por un ideal, que hoy sólo se conoce por ley de guerra.

Y ¿cuál su mayor encanto?

La rapidez de los medios de locomoción, que nos permite gozar con intensidad y cantidad de las bellezas de la tierra, del mar y del aire; la democrática y bien entendida libertad que, hermanándonos, nos iguala a todos ante la ley, sin perder, por ello, nuestra peculiar personalidad, y el «confort», la comodidad y alegre despreocupación que tan agradable nos hace esa vida, que sin defectos y sin encantos, sería tan monótona y aburrida como una mujer sin alma.

El Conde de Vallengano



MONINA

NOVELA POR GYIP

(Continuación.)

—Pero, Monina, de ninguna manera podéis ir así los dos; Juan es tu primo hermano, y las cosas no pueden hacerse de ese modo; debéis llevar por lo menos a Josefina.

Después de un momento de silencio, continuó la marquesa:

—¿Y qué tienes que hacer tú en Pont-sur-Loire?

—Encargos, abuela; ya sabe usted que siempre hacen falta cosas para la casa. Luego pensaba ver a Juana; precisamente es hoy el día que tiene todo ocupado el señor Spiegel, así es que no les impediré arrullarse.

—No tienen trazas de arrullarse mucho —dijo el señor Jonzac. Les observé el día del rally-paper, y o yo me engaño mucho, o es una boda que se sostiene sólo con un ala.

—¿Por qué cree usted eso, tío Alejo? —preguntó Monina, inquieta.

—Porque encuentro triste a la muchacha, y al profesor, indiferente... ¿No lo has notado?

—No; no he notado nada.

Desde Bracieux hasta Pont-sur-Loire, Monina y Juan fueron silenciosos.

Ya en la ciudad, cerca de la estación, se cruzaron con la señora de Nezel, que llegaba de los Pinos en el tren de las dos y media. Al verla, Monina se agitó y movió los labios, como si fuera a hablar; pero se limitó a dirigir a su primo una mirada fulgurante y acariciadora. Juan, torpe y turbado, aparentó no haber visto a la joven, mientras ella, en vez de entrar en la población, se metía por una callejuela trazada entre baldíos y jardines.

Al apearse del coche con Josefina, a la puerta de los Dubuisson, Monina preguntó a su primo:

—¿Dónde nos reuniremos, y a qué hora?

—En el hotel. Diré que enganchen para las seis, si te parece.

—¿A las seis? Bueno, ya veo que tienes muchos encargos.

¡Tres horas haciendo compras en Pont-sur-Loire...!

Impacientado, y queriendo sobre todo evitar el inocente interrogatorio de Monina, Juan le propuso salir antes; pero ella rehusó:

—No... ¿Por qué?... ¡Si estoy encantada de tener a mi disposición tanto tiempo para estar con Juana!

La señorita Dubuisson estaba en casa. Dionisia la encontró con cara de tristeza y ojos llorosos.

—¿Qué te pasa todavía? ¿No van bien tus cosas?...

—No muy bien.

—¿Tu novio?

—Sigue igual.

—¿Eso quiere decir?...

—Que le encuentro muy indiferente. Hay, además, otra cosa que me ha impresionado esta mañana...

—¿Qué?

—Un acontecimiento que no me afecta en nada, pero que, sin embargo, me ha afligido.

Y evitando mirar a Monina continuó:

—¿Te acuerdas de Liseta Renaud?...

—Sí... ¿Qué?

—Pues ha muerto esta mañana.

—¡Muerto!... ¿De qué?

Juan dijo muy bajito:

—Parece que se ha matado.

—¿Cómo es eso?

Con morfina. No se ha hablado mucho de ello delante de mí, pero me parece haber comprendido que ha sido instantes después de una explicación con el señor de Bernés.

—¿Cuándo?

—Ayer, después del teatro, o esta mañana. Papá y el señor Spiegel han hablado de ello durante el almuerzo; pero vagamente, a medias palabras.

—¡Es tristísimo! Y me explico que te haya impresionado.

—¿Si, verdad? Tanto más cuanto que ahora me conmueven mucho las penas de amor.

Y añadió con desconsolada sonrisa:

—Y con razón!...

Monina dijo también en tono compungido:

—¡Pobrecita can-

tante! Ya sabes que no me gustan las mujeres de teatro; ¡pero ésta parecía tan buena y cantaba tan bien!... ¡Qué desgracia!... ¡Y qué afligido debe de estar el señor de Bernés!...

Juana preguntó, siempre sin mirar de frente a Dionisia:

—¿Crees tú que se sea desgraciado por hacer sufrir?

—Yo no lo creo. Los inconscientes hacen padecer sin saberlo; los que no lo son, porque eso les divierte. Ni éstos ni aquéllos deben de tener remordimientos.

Y como se quedara pensativa, perdida la mirada, Monina le pasó suavemente la mano por los ojos.

—¡No pienses más en cosas tristes, Juana! Tu pena no remediará el hecho consumado. Te mortificas inútilmente. Hablemos de nuestra función, de los trapos, de cualquier cosa. Y a propósito de trapos, ¿cómo va tu vestido?

—Bien; pero me siento mal.

—No es posible.

—Sí que lo es, porque yo no tengo tu tez. Soy más pálida que tú, y el rosa me empalidece más todavía... Y además, yo soy más bien delgada. De manera que el corselete fruncido que viste tan coquetonamente lo que tu tío llama tus «redondeces», a mí me hace demasiado lisa. Pero no tiene importancia...

—¿Cómo que no tiene importancia?

—Sí, mujer. Bien o mal vestida, yo soy siempre una medianía que pasa inadvertida al lado de tu belleza...

Monina, alzando los ojos al cielo, dijo, seria y medio en broma:

—¡Tú divagas completamente, querida mía!

Luego, cambiando de tono:

—¿A qué hora irás mañana a las carreras?

—No lo sé. Es papá quien lo decidirá, de acuerdo con el señor Spiegel. ¡Ah! Dime, ¿iréis temprano al baile de los Tourville? No quisiera llegar antes que tú.

Dionisia miró su reloj.

—Tengo que marcharme. Quieren en casa gardenias para el ojal del frac, y no sé dónde encontrarlas. Me han hablado de un jardinero cerca de la estación...

—¿De la estación? Por allí no hay más que hortelanos; floristas, no.

—Creo que sí. En la callejuela de la derecha del muelle.

—El callejón de las Lilas. Ya sé dónde dices. Allí no hay más que huertas, terrenos en venta y algunas casitas alquiladas por oficiales, porque están cerca del cuartel.

Monina se levantó.

—En fin —dijo—, voy hacia allá, a ver si las encuentro.

Dionisia llegó la primera al hotel. Juan de Blaye se presentó después, un poco retrasado, entristecido, descompuerto.

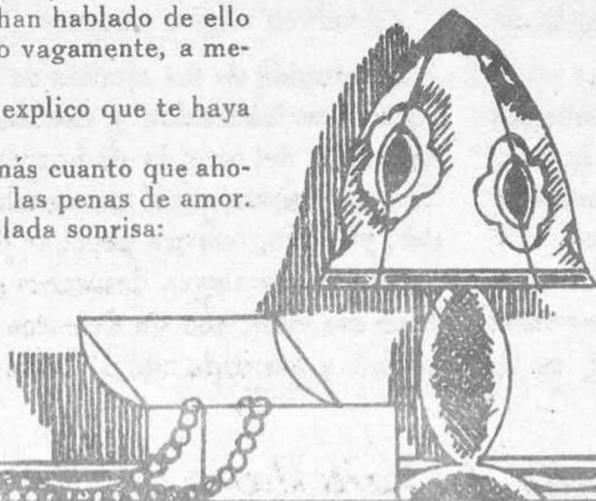
La señora de Nezel había acudido a la cita; pero solamente para concederle una libertad que no necesitaba, y que no se había atrevido a rehusar. Y desgraciados, descontentos el uno del otro, tuvieron que pasarse la tarde encerrados en el hotelito, porque Monina, escoltada por Josefina, se estuvo mucho tiempo dando vueltas por la callejuela desierta. Anduvo de un lado a otro, olfateando, buscando su rastro con una insistencia que Juan no se explicaba y que le inquietaba bastante. Quizás vió Monina a las tres, cuando cruzaban en coche la plaza de la estación, que la señora de Nezel se metía por el callejón de las Lilas. En tal caso, ¿habría querido cerciorarse de lo que suponía?... ¿Sería taimada y curiosa esta Dionisia a quien tanto quería, y que acababa de destrozar, sin darse cuenta, toda su vida?

Trató de disculparse por su retraso e hizo subir en el coche a Monina, quien se esforzaba en hacerle creer que había llegado a la hora; y en el momento en que él buscaba un medio de entablar conversación, ella le dijo:

—Mañana tendrás las gardenias; pero no sabes lo difícil que es adquirirlas. He recorrido tras ellas todo Pont-sur-Loire durante mucho tiempo, por unas calles imposibles, donde casi me he perdido, sin encontrarlas.

Feliz al ver resplandecer la inocencia de Monina, a Juan se le escapó la siguiente exclamación:

(Continuará en el número próximo.)



Publicamos aquí los originales que nos envíen nuestras lectoras: artículos, ensayos, crónicas, comentarios, fragmentos de diario, narraciones, poesías, etc.; dibujos (solo en blanco y negro); ideas de labores, fotografías (no retratos), etc. Se publicará lo que permita el espacio disponible, prefiriendo lo que tenga mayor interés general.

A Castilla.

Yo te saludo, Castilla: tierra parda, cuna de hidalgos has sido y eres, fortaleza altiva de altivas almenas; aún vences sobre los vestigios de las viejas edades..., sin temblar, porque sobre la férrea armadura de los tiempos en todo su transcurso eres y serás siempre Castilla; tierra de conquistas, cuna de mis mayores; tierra de soldados y emperadores, madre de dos Españas y madre amantísima del alma española, porque en tu propia hidalguía hay algo que perdura siempre a través de los siglos y pone lágrimas en nuestro corazón, y en nuestra alma un deseo ardiente de ser más españoles todavía... ¡Tú, orgullo de raza, que es nuestro propio orgullo!

CARMELÍN DEL V. Y LÓPEZ DE CH.

Su cruz.

Una cruz de oro y brillantes,
regio y divino colgante,
símbolo de amor y pena;
me dió el hombre que yo amaba,
diciendo con voz velada:
«hoy le traigo esto a mi nena».

Quiso ponerme el presente,
y al bajar ante él mi frente,
su mano mi piel rozó;
y con amante fineza,
inclinando su cabeza,
sus labios en mí posó.

Ante tan dulce osadía,
en él la mirada mía
clavé con algún temor;
quise reñirle severa,
mas ¿quien se pone altanera
con el dueño de su amor?

Sumamente emocionada
ante su larga mirada
mil veces de amor temblé...;
y con ansia temblorosa,
besé la cruz amorosa
pidiendo a Jesús por él.

Yoyo.

De mis pensamientos sentimentales.

Me dices que he amado a muchos hombres. No lo niego. Pero para mi exculpación puse algo de ti en todos los hombres que encontré en mi camino.

Cuando me ves cerca de ti, para herirme de celos, hablas al oído

de cualquiera de mis amigas, como si le hicieras confesión de tus amores.

Una vez más pretendes engañarme, y una vez más te engañas a ti mismo, y lo que es peor..., jengañas a tu víctima del momento!

El amor no es egoísmo. Es desprendimiento generoso, porque nos desliga del mundo para ser exclusivamente de nuestro ideal. Es decir, nos hace sacrificar un mucho de libertad por un poco de prisión...

Tus determinaciones no son obra de tu voluntad. Son el capricho de tus amigos, celosos de tus propias felicidades.

El amor no se implora. Se conquista.

Cierta noche presenciábamos una comedia de dolor y engaño. Tanto llegó a emocionarme su trama, que, ajena a la farsa, lloré.

Tú, burlón, me dijiste con irónica sonrisa:

—¡No llores!... ¿No ves que todo es mentira?

No me sirvió la lección. Después, ante la comedia de tu mismo amor, lloré como aquella noche en el teatro.

Oí risa y te conocí.

La risa descubre un alma. Y tu risa es sarcástica, irónica, cruel...

¡Bien dijo quién afirmaba que te ríes con toda el alma!

UNA SENTIMENTAL.

Sonatina triste.

Princesita de las rubias trenzas,
de dulce semblante y de triste mirar;
princesita que en la noche esperas
al príncipe bueno que te ha de adorar.

Tú estás aburrida en tu gran palacio
siempre silencioso y en tu soledad.
Tu almita de niña sin tú querer sueña
en quimeras de oro y de felicidad.

Tú esperas un algo que aún no conoces,
un algo que luego se habrá de esfumar.
¡Pobre princesita romántica e ingenua
que aún desconoces lo que es el llorar!

Si contigo a solas hablar yo pudiera,
si mis desventuras llegaras a oír,
desilusionada luego quedarías...
¡Y qué atroz sería para ti el vivir!

Más vale que creas que la vida es bella,
que de rosas lleno el camino está...
¡Yo ya no lo creo, princesita rubia,
toda gentileza, toda ingenuidad!

POEME DU BOIS.

LOS NIÑOS AUTÉNTICOS

Babís (tres años y medio) anda siempre detrás de su madre porque le encanta estar con ella.

Esta mañana acababa su madre de desayunar, y de pronto, Babís le dice:

—Mamá, vete.

—¿Que me vaya? —contesta «mamá» asombrada de invitación tan insólita—. ¿Que me vaya? ¿Por qué?

—«Pa» comerme los terrones (Los terrones del azúcar que le entusiasman al goloso de Babís).

T.

□ □

Cierto día se reunió a los pequeños para empezar una novena.

Mamá dice:

—Ahora cada cual ruegue por lo que desee conseguir.

Agustín, muy grave pregunta a la hermanita:

—Oye, Pisisa, ¿lo que yo quiera puedo pedir?

Y ante la afirmación de la pequeña, muy serio, exclama:

—Pues a mí, Virgencita, un tiro de la chapa.

Dicho juguete era la suprema aspiración del chiquillo.

CONSUELO M.

□ □

Acababa de marchar el jardinero con orden de hacer nueva plantación.

Agustín, dirigiéndose a su padre, dice:

—Papá, ¡qué lástima!, podíamos haber dado a Mariano un poco de tocino para que lo siembre.

Risas y asombro general; pero sin desconcertarse el pequeño añade, encarándose con su hermano:

—Lo ves, Quique, este año tampoco tendremos cerditos.

CONSUELO M.

las dos amigas



NOVELA, por René Le Cœur.

(Continuación.)

Se levantaron. Clara, por instinto de coquetería, se arregló delante del espejo. Salieron. El le cogió el brazo para ayudarlo a bajar tres escalones. La miró de reojo. ¿Es que...? ¿Estaría enamorada de él? Sabía que gustaba a las mujeres. ¿Por qué no tenía que haberle gustado a aquella? Felizmente iba a marcharse. No tenía ganas de ponerse en ridículo a los ojos de Marta Guillaume. ¡Verdaderamente, el amor de aquella muchacha delgada y fea...!

Sonrióse.

Se detuvieron ante la parada del tranvía de Monte-Carlo a Menton.

—¿Viene usted a Villa Miramar? —preguntó Clara.

—No. Mañana iré a visitar a los Angerolle.

El tranvía llegaba, deslizándose por los carriles; el cable del trolley vibraba. La joven subió con un ligero esfuerzo nervioso de sus largas piernas. Mauricio se despidió familiarmente con la mano. Y volvió la espalda, pensando: «¡La pobre, qué delgada está!»

XXXI

En el hotel, le entregaron una carta del señor Angerolle: El abogado invitaba al doctor a asistir a la apertura del testamento de Odette, que debía tener lugar al día siguiente.

¿Le dejaría algo? ¿Qué? ¿Una alhaja? ¿Quizá un cuadro? Sí, un cuadro. ¿Y qué más? ¿Todos los cuadros? ¿Y por qué no? Recordaba. Varias veces, en París, había sido autorizado para entrar en la habitación de su prometida. Trataba de recordar los objetos de arte que le gustaban más. Los iba eligiendo. Y se decía: «Si no me los deja todos, quisiera las cabecitas de niños..., los dibujos de Boucher..., la sanguina... ¡Esta es bien bonita!» Seguramente le habría dejado todos los cuadros. Arreglaría con ellos un bonito salón cuando se hubiese casado con Marta Guillaume.

Se imaginó ese lindo salón, con las paredes llenas de pasteles, acuarelas y dibujos al lápiz. Sería bonito, agradable y coquetón con los tapices de un gris muy claro y una mezcla de muebles antiguos y de sillones dorados.

Por asociación de ideas, pensó que pronto iría a ver a la encantadora Marta.

Almorzó en la mesa del príncipe, en compañía del secretario y del ayudante de campo. Felipe de Tesalia, que había abandonado su idea del cáncer, estaba aquella mañana de un humor encantador; contó anécdotas divertidas.

Mauricio empezaba a encontrar la vida bella. Hundióse dulcemente en los almohadones rojos; fumó un tabaco que le ofreció el príncipe. Los cuatro lanzaban lentamente pequeñas bocanadas de humo azul, que se elevaba en ligeras nubes perfumadas. Mauricio respiraba su olor, y a veces acercaba a la nariz aquel excelente tabaco caliente y crugiente, cuya ceniza gris no se desprendía.

Felipe de Tesalia despidió a sus acompañantes y se retiró a sus habitaciones. Dormía la siesta a causa de su estómago delicado; dormía una hora, envuelto en pieles en la *chaise-longue*.

Mauricio escapó a las insistencias del ayudante de campo que quería llevárselo a Niza, donde tenía que dejar tarjetas del príncipe en diversas casas. Y como la misión le aburría, deseaba que alguien le acompañase.

—Vaya, tomaremos unos *cocktails*.

—¡Oh, no! —exclamó Mauricio, riendo—. Además, tengo que hacer unas cuantas visitas esta tarde.

—¿No puede dejarlas para otro día?

—¡Imposible!

El joven doctor se refugió en el ascensor y se dirigió a su cuarto. Se había puesto el traje que gustaba a Odette. Sabía por ella que le sentaba mejor que los demás, y Mauricio quería gustar a Marta Guillaume. Era preciso. Esperaba de ella los veinticinco mil francos de renta que tenían que salvarle. Y además, la encontraba verdaderamente muy guapa. Se sentía muy a gusto junto a ella. Al menos se le podía hablar.

Tomó alegremente el tranvía para ir a ver a la linda viuda. Miraba la hora. Pensaba: «¡Con tal de que no haya salido!»

Bajó en la plaza de San Roque y se dirigió, de prisa, hacia el «Facal-Palace». ¡Estaba allí! Estaba en la terraza, sentada en un sillón; cerca de ella había una mesita con la taza de café vacía, y un filtro de barro barnizado. Leía. No le vio llegar. Se acercó, sonriendo, pues la encontraba encantadora con la cabeza inclinada de aquel modo.

—¡Buenas tardes! ¿Cómo se encuentra usted?

—¡Oh! ¿Es usted? Me ha sorprendido.

—Le había prometido una visita. ¿Lo había olvidado? —dijo Mauricio en tono animado y esperando la respuesta.

—No. Le esperaba. Si no hubiese venido le habría mandado unas líneas, pues me marché pasado mañana.

Sobresaltóse. ¡Pasado mañana! Exclamó:

—¿Cómo? ¿Ya?

—¿Ya? Pues si estoy aquí desde noviembre.... y estamos a fines

de abril. Cuente usted con los dedos: seis meses de *Riviera*. Es bastante; a la larga el clima suave es enervante.

El la miró.

—No lo parece. Se muestra usted ingrata con el sol del mediodía; tiene usted un aspecto soberbio. ¿Sería indiscreto preguntarle dónde pasará el verano?

—En Royat.

—¿En Royat? ¿Tiene usted necesidad de aquellas aguas?

—No. Pero es preciso ir a alguna parte. Los Chanay estarán allí veintidós días, de modo que tendré allí a mis amigos. ¿Y los pobres Angerolle? No me atrevo a ir a verles. Están entregados por completo a su dolor. ¿Y usted se queda junto a su príncipe? Hará usted bien. Viajará usted con él. Esto le distraerá.

Estaba consternado. ¡Se marchaba! Le hubiese hecho falta un poco de tiempo. No era posible soltarle una declaración al día siguiente del entierro de Odette. Comprendía que la linda viuda se encontraba a cien leguas de la idea de que él pensaba en casarse con ella. ¡Quizá después de unos cuantos meses, de unas cuantas semanas, por lo menos, las cosas habrían podido arreglarse y la petición resultaría menos chocante, casi natural! ¡Pero en aquel momento!... ¡En aquel momento en que Marta evitaba, por delicadeza, hablarle de Odette para no avivar sus penas!...

Sentóse frente a la linda viuda. Empezó a interrogarla. Quería a toda costa saber a qué atenerse, tratar de adivinar si tenía algunas probabilidades de triunfo. ¿Para qué? No le quedaba esperanza alguna. Quizá no la volvería a ver.

—¿No le resulta triste esta vida de hotel? —le preguntó—. Siempre sola en su mesita en el comedor, sola en sus paseos, sola siempre y en todas partes.

—¡Sí! Le afirmo que la viudez es el tercer entorchado de la mujer. ¡Pues le aseguro que no tiene nada de agradable este tercer entorchado!

—¿Hace mucho tiempo que vive usted así?

—¡Tres años!

—No puede seguir de este modo. Es usted joven, guapa, agradable... Debería usted casarse.

—Ya me lo han dicho otras veces. Y hasta yo misma me lo he repetido a menudo.

—Me figuro que los pretendientes no le habrán faltado. ¿Y no ha habido alguno que haya tenido la suerte de gustarle?

—Ninguno...; es decir, uno. Pero yo tengo unas ideas especiales acerca del matrimonio. Cuando una es joven, tiene disculpa si comete alguna tontería; se casa una a ciegas. Pero cuando una es ya mujer, sabe lo que hace y debe poner de su parte todos los medios para no hacer una tontería. ¡Es tan difícil para una mujer ser feliz, verdaderamente feliz!...

—Me gustaría conocer sus ideas acerca de esta cuestión.

—Por de pronto, no quiero casarme con un extranjero. Buscaré mi compañero en mi país; quiero que sea francés. Hay más probabilidades para que tenga mis gustos, mis propias ideas y para que me comprenda.

—¡Cuánta razón tiene usted! —exclamó Mauricio.

—Además, quiero que sea buen mozo. He sentido siempre una especial tristeza, y hasta rabia, al ver a jóvenes de mi edad, sanas, fuertes, al lado de hombres lamentables. A veces se trata de hombres muy distinguidos, eminentes por su saber, su situación o su posición económica. Pero... qué quiere usted, es más fuerte que mi voluntad: me imagino que aquella mujer no es del todo feliz, y encuentro aquellas parejas disparatadas.

—Es muy natural.

Ella sonrió. Continuó, interesada por aquel asunto en que tanto había reflexionado:

—Tenga usted presente que, al decir buen mozo, no quiero decir imbécil o incapaz. ¡Quiero que mi marido sea inteligente!

El doctor aprobó con un gesto. Veía que él tenía aquellas cualidades. No es que pensase en ello de un modo preciso, pero se decía con fatuidad: «¡Si tuviese, por lo menos, tiempo para lanzar mi candidatura!»

—He encontrado un hombre que reunía las cualidades que prefiero. Pero no tenía dinero, no tenía una posición estable. Y, sin embargo, me gustaba.

Se calló. Miraba fijamente delante de ella; parecía evocar la imagen de aquel pretendiente rechazado.

—¿Es que para usted tiene importancia el dinero? —preguntó Mauricio.

—¡No! No le doy importancia alguna. Pero deseo estar segura de que me quieren por mi misma. Crea que para amarse de veras es preferible que uno y otro se sientan independientes. No me casaré jamás con un hombre que no aporte al matrimonio por lo menos tanto como yo; ¡eso jamás!

Había repetido la frase con fuerza. Mauricio comprendió que se trataba de una voluntad firme. Se puso colorado como si Marta lo hubiese dirigido una alusión personal. La linda viuda añadió, quizá con toda intención:

(Continuará en el número próximo.)

Los Grandes

Modistas



JEANNE LANVIN

Siempre demuestra «Jeanne Lanvin» tener un talento inimitable para los vestidos de «style». En este modelo, el bordado de perlas y de azabache forma un dibujo encantador. El escote, muy bajo sobre los hombros, es Segundo Imperio. Ancha lazada de terciopelo negro por delante.



PEINA en estos momentos una gran efervescencia en el mundo de la *Haute Couture*... Cada árbitro de las elegancias, encerrado en su torre de marfil, entre montañas de tejidos, idea formas nuevas, adornos imprevistos. No esperemos que concreten nada: el modelo que hoy elaboran, mañana lo destruirán, y lo reharán al día siguiente. La colección quedará terminada el día que se haya señalado: ni una hora más tarde ni un minuto antes..., y aun se prenderán febrilmente algunos alfileres diez minutos antes del desfile de inauguración.

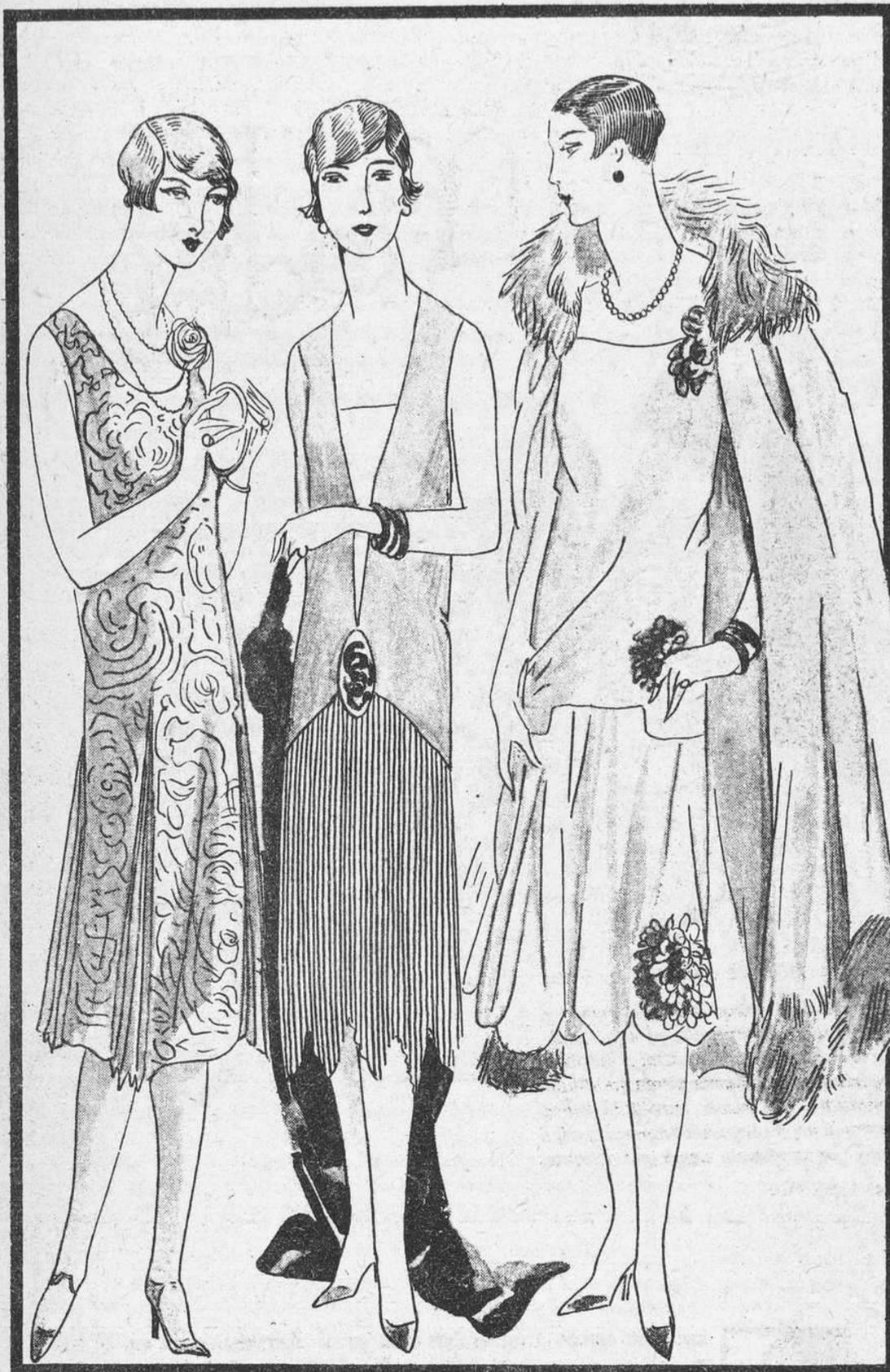
A pesar de todas estas vacilaciones, he podido en mis visitas recoger algunas indicaciones generales, y no creo que la primavera nos traiga grandes cambios. La silueta seguirá siendo casi la misma, con una ligera atenuante en los canelones. Estos han logrado tal éxito, que ya nos hemos cansado de ellos. Sin embargo, seguirán llevándose, y *Jean Patou* se declara netamente partidario de su línea elegante; pero serán menos numerosos y se distribuirán con un arte más delicado. Tendrán una gran competencia en los frunces al hilo, que constituyen la novedad del día. *Premet* intentó ya la aventura este invierno, con éxito. Claro está que estos frunces no podrán hacerse más que en tejidos muy finos y muy vaporosos, lo cual nos permite presagiar una nueva boga de la muselina

JEANNE LANVIN

A la izquierda, vestido de crespón de seda listado en rojo y castaño. Aplicaciones de crespón castaño liso adornan la falda y las mangas, terminadas por puños amplios.

ALICE BERNARD

Bonito vestido para visitas, de crespón «marocain» negro. La amplia túnica, fruncida sobre un cuerpo ligeramente plegado, va bordada en oro, rojo y negro.



WORTH

El primero de estos tres modelos es de «lamé» oro y rojo, abierto sobre plisados de muselina de seda roja. Rosa roja en el escote.

JENNY

El segundo modelo tiene un cuerpo de crespón liso y la falda plisada, recortada abajo, formando picos. En la cintura, motivo bordado.

JENNY

El tercero es de «crepe satin» azul pastel, adornado con bordados de perlas multicolores. Le acompaña un abrigo de terciopelo del mismo color con tablas huecas y con un ancho zócalo de mongolia desrizada.



CHERUIT

Este vestido, que luce en escena Mlle. Pierry, es de «lamé» de plata, bordado de plata y de perlas. El volante, de anchos canelones, forma picos.

de seda y de los hermosos crespones. Se nos anuncia un verano animado por lindas muselinas estampadas y por sabios y amplios plegados; y creo que llegaremos a una silueta más femenina que la de estos últimos años.

La colocación del talle será normal, y ya no veremos cinturas colocadas más abajo de las caderas.

Espero ver muchos lindos matices claros, pues cada modista ha tomado la iniciativa de mandar estudiar en las fábricas de tejidos un tono especial al que da su nombre. *Patou* nos anuncia el matiz «peladilla», que viene a ser un gris muy pálido y sonrosado; *Drecol* adopta un maíz mortecino; *Dæillet* peconiza el rosa, y *Premet* nos anuncia una gama completa de azules. De todo esto, se desprende una tendencia general hacia la fantasía, el colorido, la animación risueña... A nuestra tristonra época de dificultades financieras, buena falta le hacen algunas gracias nuevas.

Los sombreros se suelen anunciar antes que los vestidos;



CALLOT

Vestido de «crepe satin», color amatista, con un ligero efecto de «drapé». A los lados, amplias nesgas picudas. La capa es de «crepe satin» blanco, adornada con «renard» pardo rojizo.

PHILIPPE ET GASTON

Encantador vestido de tarde, de crespón de China azul y crespón de China negro. La blusa azul va bordada en azul y negro. El ancho puño negro va pegado a la manga azul por medio de un bordado.

pero este año no salimos de los «fieltros» de estrechas alas, cuya vista ya se va haciendo excesivamente monótona. Ya es tiempo de que desaparezca esa eterna «chistera» flexible que se dobla por un lado, luego por otro, en la que se clava una aguja a la izquierda y luego a la derecha. Se intenta sustituirla por unos sombreritos de paja sumamente flexibles, pero de la misma forma, y por sombreros de tafetán respunteado que, a veces, resultan encantadores.

Lewis ha intentado, con suerte, algunos adornos de flores; pero a pesar de todo su ingenio, persiste mi escepticismo. Las parisinas no quieren sombreros adornados, y ¿qué puede hacerse contra esta voluntad todopoderosa? Me parece más hábil el sombrero de «fieltro» en dos o tres tonos que hace *Reboux*, y sabida es la autoridad de que goza en la moda esta excelente casa. Viene intentando, repito, algunos efectos de colorido, como, por ejemplo, el fieltro oscuro bordeado por fieltro más claro, y creo que esta fantasía está llamada a ser el gran furor de mañana.

MARTINE RÉNIER.



PARA EL LUTO



Sombrero de luto, de crespón inglés; la pena resulta materialmente menos molesta de llevar desde que se ha generalizado la costumbre de enrollarla alrededor del cuello; a las pocas semanas, el «crepe Georgette», que es mucho más práctico, puede reemplazar al crespón inglés. Cualquiera que sea el tejido que se elija, una gran sencillez de forma y de adorno es de rigor.



Traje de sastre para luto riguroso; es de «charmeline», adornado con entredoses de crespón inglés. Más tarde, podrán sustituirse los entredoses de crespón por galoncitos de lana «mohair».

Los adornos de crespón inglés son muy frágiles; su duración es breve, y deben combinarse siempre de manera a poderse los quitar a voluntad. Por ejemplo, este traje de sastre, de paño —a la derecha— lleva motivos de crespón inglés, que pueden sustituirse fácilmente.

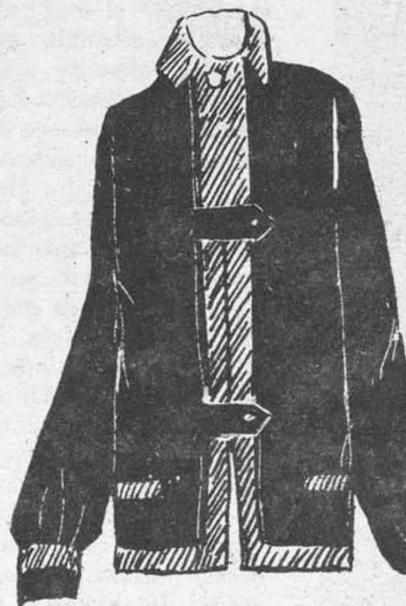


A la izquierda, vestido sencillo y elegante a la vez. El luto debe tener siempre una gran sencillez y deben rechazarse, por ser de un gusto dudoso, todos los plieguecitos, los rizados y los bordados sobre crespón.



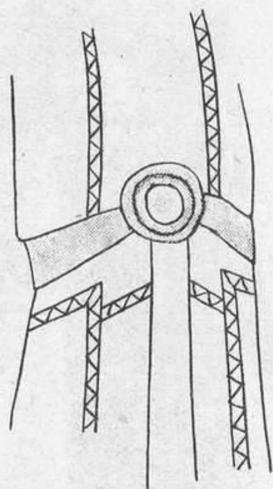
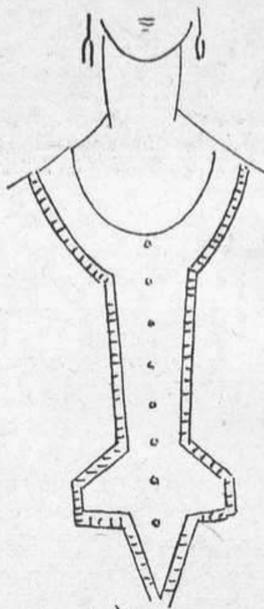
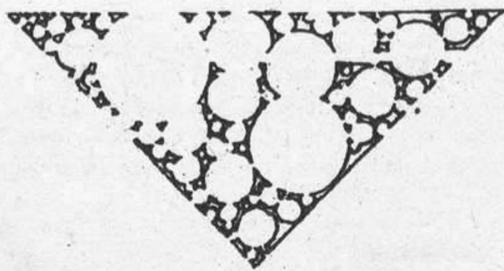
Conjunto de luto riguroso, propio para una muchacha. El chalequito, de crespón blanco, anima algo la tristeza del conjunto; pero es de poca duración y pronto se podrá sustituir por otro de piqué blanco, fácil de quitar.

A la derecha, vestido de reps, con una estrecha chorrera de crespón y un «panneau» fruncido, que termina en punta. Los dos tejidos que más se emplean actualmente para luto son el reps y la «charmeline».



Dos blusas que pueden hacerse en «charmeline», en crespón «marocain» o en «crepe Georgette». Los tejidos mates favorecen poco a la cara, endurecen la expresión de las facciones y se generaliza más cada día la costumbre de añadirles un cuello de «crepe Georgette» blanco. Este tejido es el más gracioso de todos los de luto.

REMATES



El refinamiento de los detalles ha aumentado con la sencillez de los vestidos, de suerte que la clásica jareta casi ha desaparecido, y se han inventado, para rematar las prendas, mil maneras nuevas que no le restan al tejido nada de su gracia ni de su ligereza. Además, muchos tejidos no se prestan al remate del dobladillo. Así sucede, por ejemplo, con la muselina de seda cortada en forma. Cuando se la quiere rematar sin ribete y sin recurrir a la vainica a máquina, el mejor medio consiste en enrollar el borde, tarea difícil, si las hay.

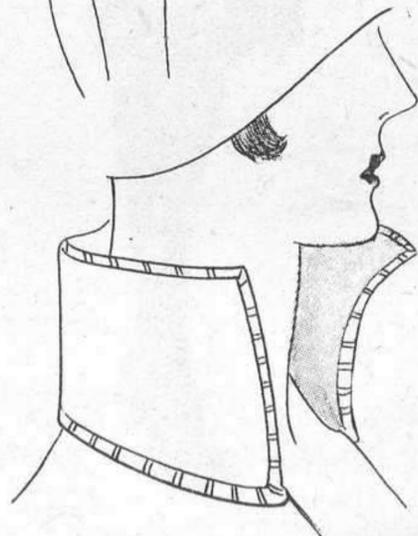
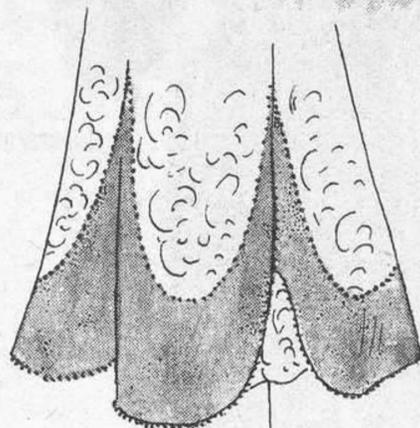
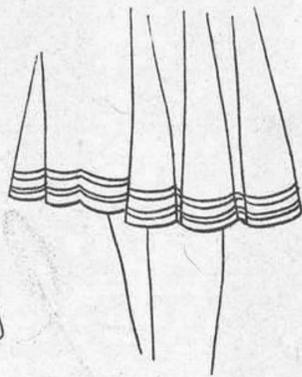
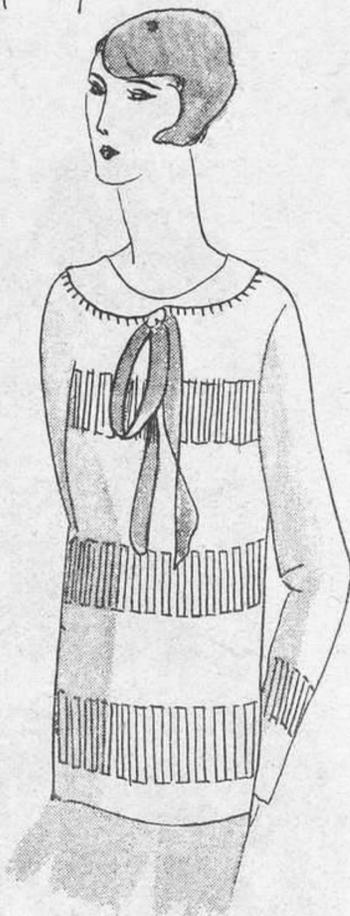
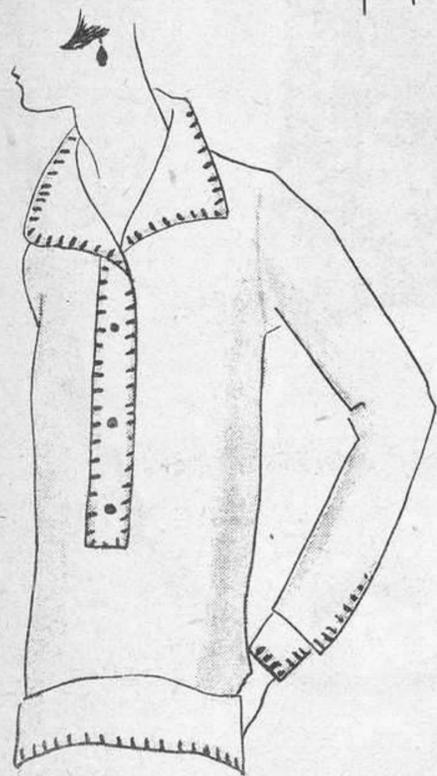
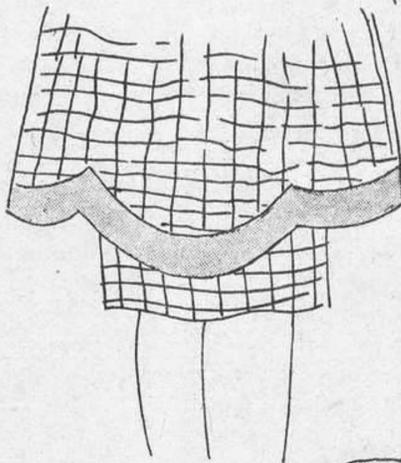
Me parece preferible la vainica a máquina. Ya todas sabéis que para conseguirla basta con pasar un hilván por los bordes del vestido o del volante y mandarlo a la fábrica, donde ejecutarán la vainica por el sitio señalado. Luego, se corta esta vainica por la mitad y queda un piquillo muy mono y casi invisible. Una vainica idéntica, sin cortar, sirve para hacer las costuras.

Los vivos al bias, del mismo tejido del traje, constituyen un remate precioso, pero muy difícil de colocar. Debe cuidarse mucho de no apretar el hilo y de no dejarlo demasiado flojo. Este es el único medio de bordear los vestidos festoneados, que son tan bonitos para el verano, cuando están bien nechos. Una costurera especializada en estas labores minuciosas me ha dicho que uno de sus secretos consiste en emplear un hilo extraordinariamente fino y agujas minúsculas. No es ésta, ni mucho menos, una tarea para aficionadas novicias.

El minúsculo volantito plisado que se coloca al borde del vestido me parece más fácil de realizar. Sí; pero, ¿cómo se pega? He visto bordear un tejido con un grueso punto de *bourdon* a máquina, bajo el cual iba el volantito cosido en el revés de la tela. Este medio me parece el más práctico. Podéis sustituirlo con un jaretoncito muy tenue. Se llevan mucho actualmente los volantitos plisados, dorados o plateados. Estos volantes se compran hechos, y su efecto resulta encantador sobre un vestido de *crepón marocain* negro o azul (oro sobre negro, plata sobre azul).

También los bordes de cinta se prestan a efectos encantadores. Se puede ribetear con cinta como se ribeteaba antiguamente con los galones *mohair*, o colocar la cinta plana sobre la tela. Esto constituye un lindísimo adorno, y podemos admirar en la actualidad muchos vestidos de muchacha, de muselina de seda rosa o azul claro, bordeados con una cinta de plata. También resultan muy bonitos sobre los tejidos ligeros las cintas de raso del mismo color. Deben preferirse las cintas algo estrechas a las anchas, que son más difíciles de colocar, y al pegarlas hay que cuidar de estirarlas convenientemente.

Nada más acertado para rematar el encaje





que un borde de tul o de muselina de seda. Últimamente he visto un vestido de encaje «rubio», ribeteado con una ancha jareta de tul. Esta jareta terminaba en su parte inferior por anchas ondas, a las que seguía una vainica cortada por la mitad. Por arriba, el volante iba pegado a punto de *bourdon*, que es ese punto de bordado actualmente tan en boga en la ropa blanca.

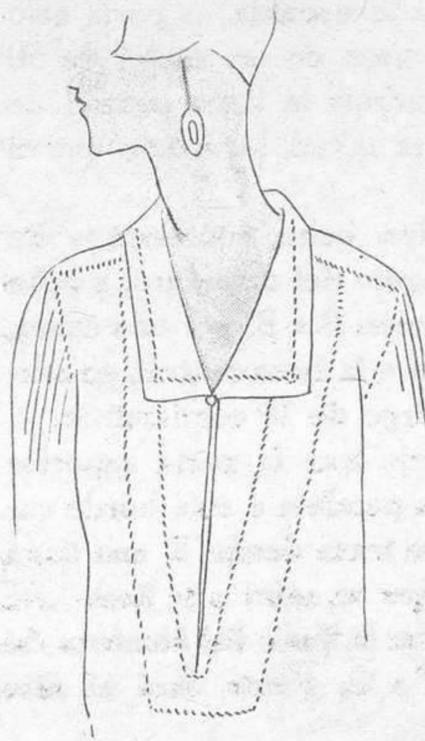
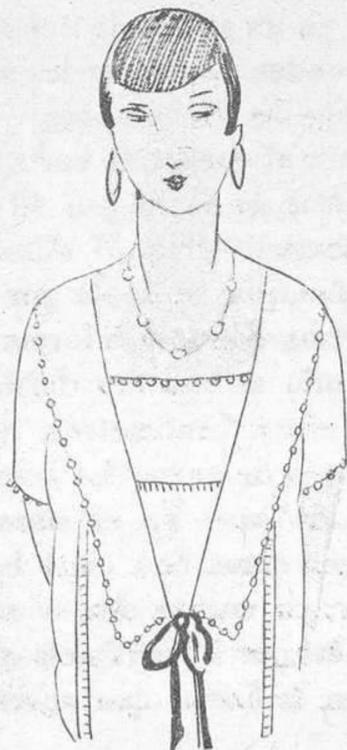
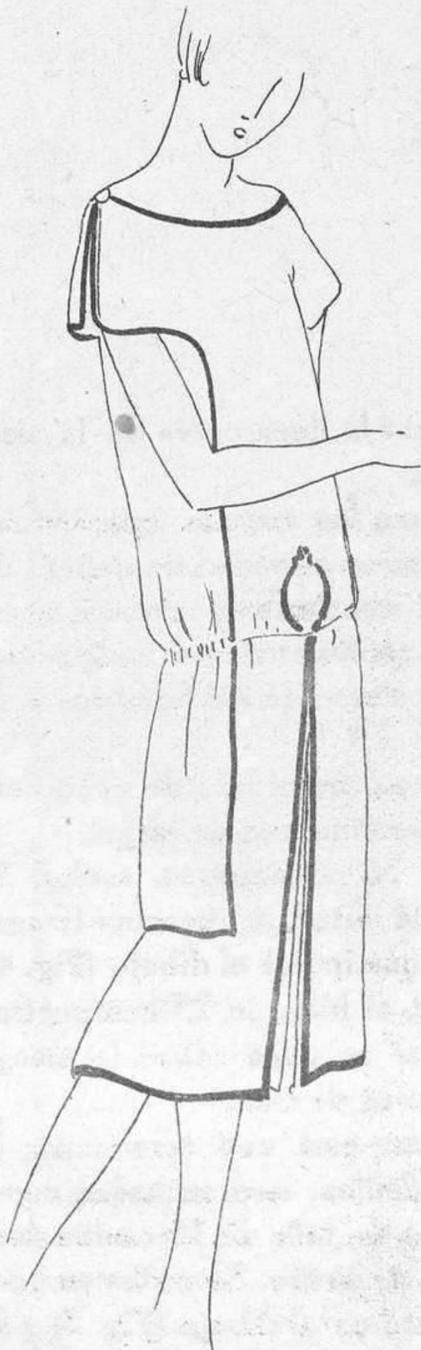
Quedan los tejidos más gruesos, para los cuales también existen gratos refinamientos. En primer lugar, para unir dos piezas de tela, para pegar un volante, para añadir un *panneau*, alargar una falda o una manga o rehacer un canesú, me parece que no se acude nunca bastante al recurso de la vainica bordada. Esta se puede hacer rápidamente con grueso cordoncillo y da al vestido un aspecto cuidado, siempre bonito. ¡Cuántos arreglos se han podido llevar a cabo gracias a este recurso maravilloso!

MUJER explicará pronto a sus lectoras la manera detallada de hacer algunas vainicas; pero ya todas conocéis, por lo menos, una. Me refiero a la vainica sencilla y cruzada, cuyos hilos se bordan con tres puntos de festón a derecha y a izquierda. Se hace con cordoncillo brillante, del mismo color del traje, o, en los vestidos de verano, con grueso algodón *perlé*.

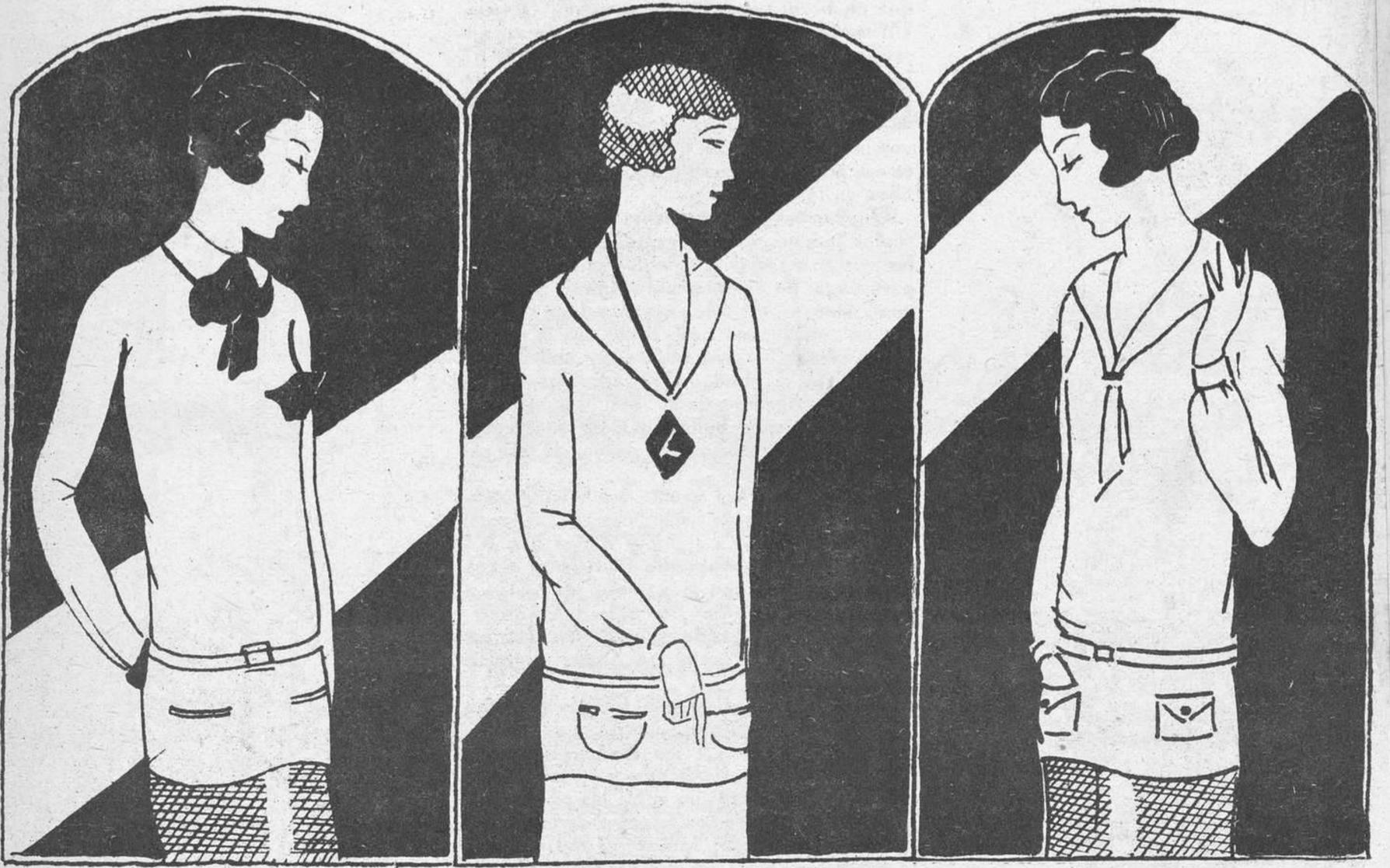
No olvidemos el grueso festón, bordado con lana de color, que constituye un remate encantador para los trajes infantiles y hasta para los trajes de deportes o para las blusas. Se deja un gran espacio entre las puntadas y se logran lindos efectos de colorido escogiendo una lana de color opuesto al del vestido, o del mismo color en distinto matiz. Así he visto una blusa de deportes, de franela *beige*, adornada con gruesas puntadas en lana marrón.

Para terminar, mencionaré el borde de abalorios, que resulta precioso en los vestidos de noche; pero os aconsejo mucho esmero al realizarlo. Nada más feo que las perlas mal cosidas, que hacen que el tejido se frunza y le restan impecabilidad a la caída. Se venden en cualquier tienda galones de abalorios que tienen una sola hebra de cuentas y que suprimen el referido inconveniente. Una sencilla fila de *strass* puede bastar para dar a un vestido una elegancia de muy buen gusto.

M. R.



LA COSTURA EN CASA



Un sweater

PARA cortar un *sweater*, la primera operación consiste en cortar un trozo de tela de 65 centímetros de alto por 58 centímetros de ancho; luego se dobla en sentido vertical, a fin de marcar exactamente la línea central. De este modo se obtiene el delantero. Para la espalda, se corta otro rectángulo del mismo alto; pero de un ancho de 50 centímetros solamente; obtendréis la línea central de la espalda doblándola por la mitad, lo mismo que el delantero.

Después de esto se miden ocho centímetros de A a B (Fig. 2) sobre el rectángulo del delantero, y ocho centímetros de A a B' y se unen B a B' por una curva, que será el escote; se corta por la línea central, en sentido vertical, al hilo, en un largo de 18 centímetros.

Cuatro centímetros más bajo que la parte superior del tejido, se traza una línea paralela a este borde superior, de *a* hasta *b*; luego se traza desde B una línea oblicua de 13 centímetros, que se unirá a la línea *a-b* en el punto *c*; así se obtiene la línea del hombro. Se miden 42 centímetros de F a G, y esto dará el sitio

exacto en que debe empezar la línea curva de la sisa, que tendrá 20 centímetros.

Para la espalda, se realizan las mismas operaciones con las mismas medidas, salvo el ancho de debajo de los brazos, que será de 21 centímetros; abridéis el escote en un ancho de ocho centímetros por cada mitad.

Quedan por hacer las costuras de los hombros y de debajo de los hombros.

Para el cuello, se corta una tira al hilo de ocho centímetros de ancho por 40 centímetros de largo.

Mangas.—(Fig. 3) Alto, 56 centímetros; ancho, 35 centímetros; se dobla por la mitad, se recortan 10 centímetros, dándole la forma que indica el dibujo (Fig. 4). El puño es una tira doble, al hilo, de 25 centímetros por cinco centímetros, que se pega sobre la manga después de cerrar las costuras de ésta.

Bolsillos.—Ya el *sweater* está casi terminado; le adornaremos con unos bolsillos, que se hacen como sigue: se cortan dos trozos de tela de 15 centímetros de alto por 10 centímetros de ancho. Se cortan en punta en la forma que aparece en el dibujo (Fig. 5) y se

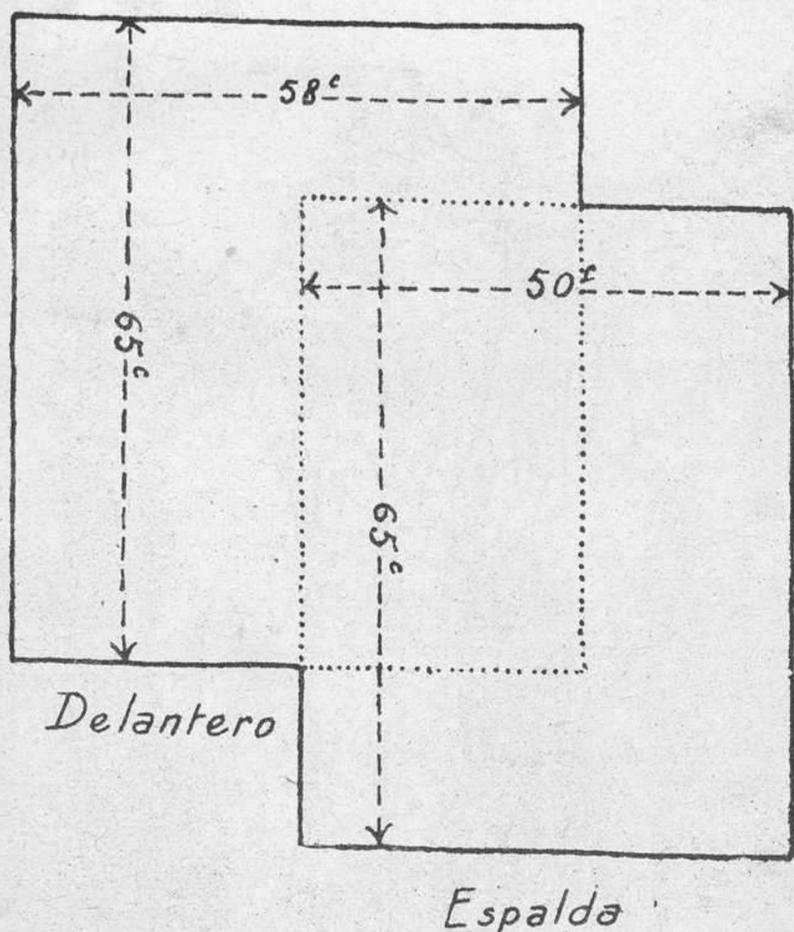
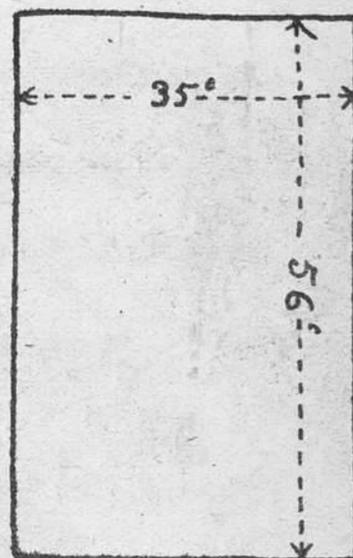


fig. 1

doblan según indica la línea punteada; luego se cose un botón sobre el pico del triángulo (figura 6). Los bolsillos deben pegarse con un vivo, a 10 centímetros de la línea central del delantero y a nueve centímetros del borde inferior.

Cintura. — Para hacer la cintura se mide la vuelta del talle y se corta una tira del mismo largo por siete centímetros de alto, que se dobla y se cose por el revés; luego se vuelve por el derecho y se obtiene así un cinturón de tres centímetros de ancho. Todas estas medidas han sido dadas para un maniquí del 42.

Este sweater resultará muy bonito en jersey o en franela beige. De algún tiempo a esta parte goza de un gran favor una nueva *toile* de lana, muy flexible y muy práctica, de un uso muy agradable y que resulta encantadora para los deportes.



Manga
fig. 3

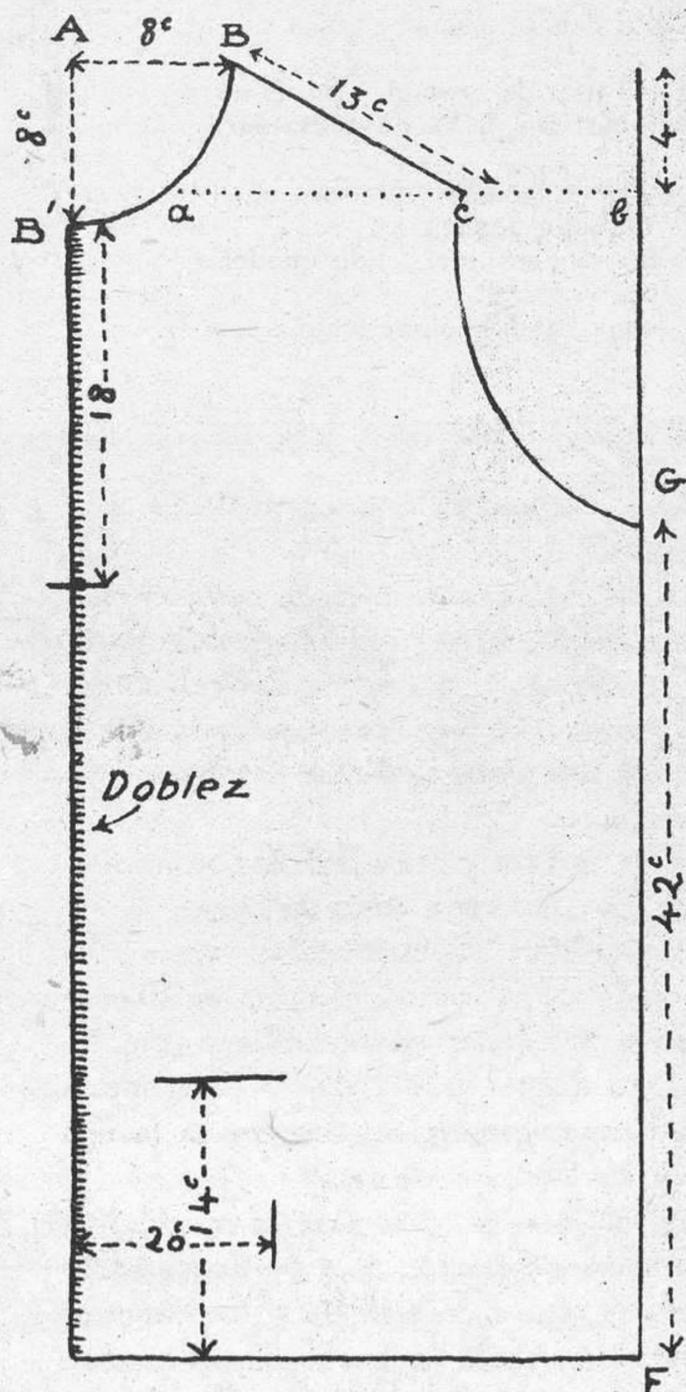
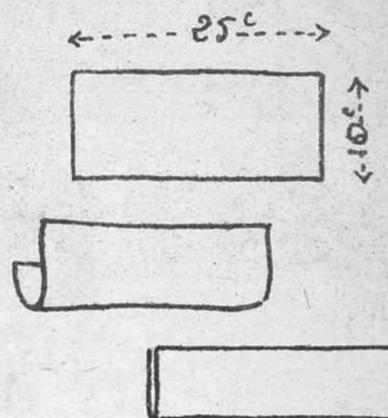


fig. 2

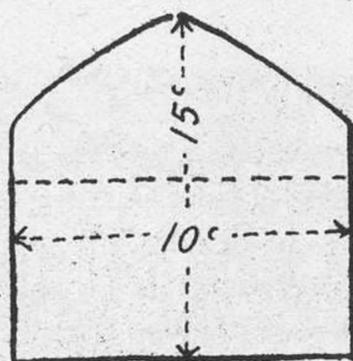


fig. 5

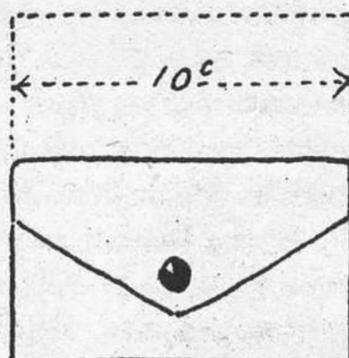


fig. 6

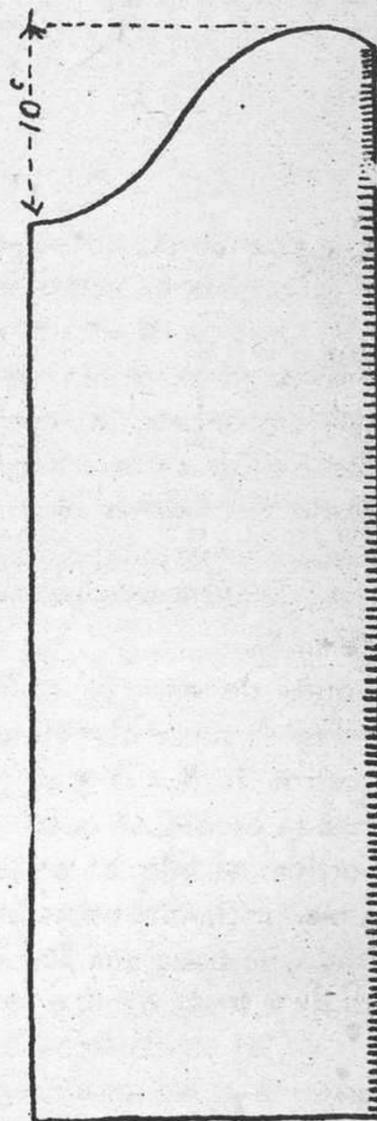
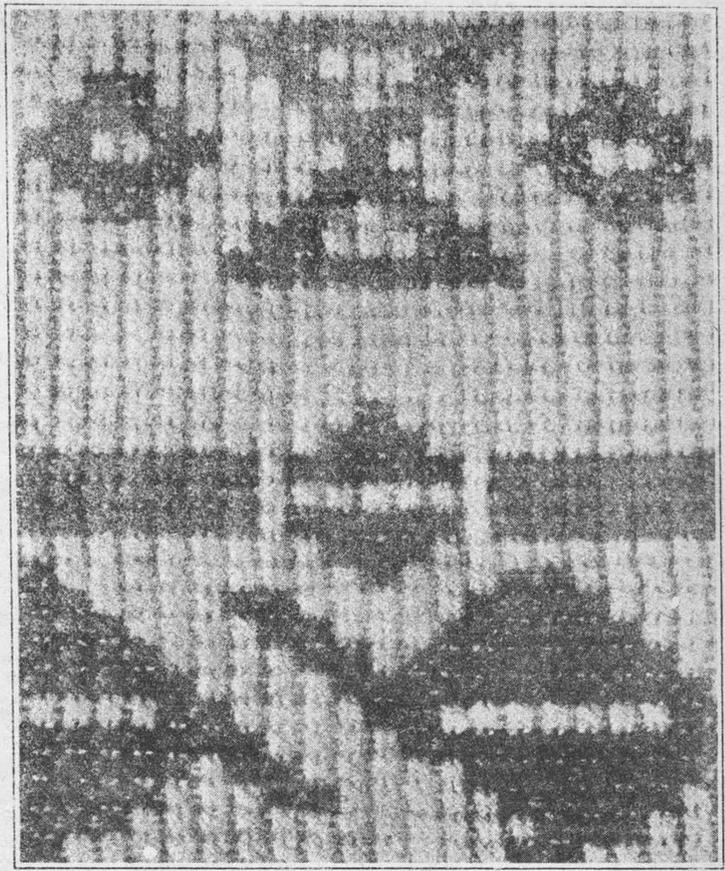
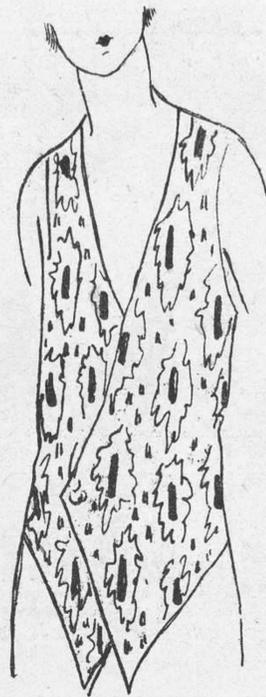
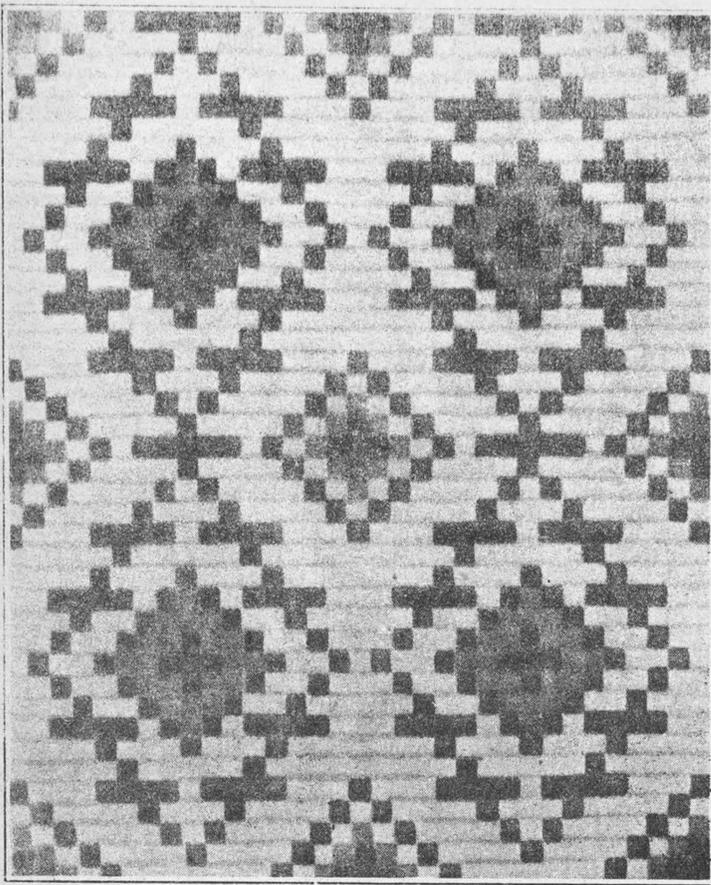


fig. 4

EL PUNTO DE TAPIZ EN LA MODA



Los bordados a punto de cruz o punto lanzado pueden hacerse, bien sobre tul de París, bien sobre etamina-gasa. Están muy de moda, son muy fáciles de hacer y los materiales que requieren son relativamente poco costosos.

Según el punto, cogeréis dos agujeros diagonalmente para el punto de cruz, o verticalmente para el lanzado, si trabajáis sobre etamina-gasa.

Para lograr un buen resultado y un conjunto impecable, deben tomarse algunas precauciones.

Primero, conviene colocar la tela sobre un bastidor, sin tirar demasiado, a fin de no deformarla ni agrandar los agujeros. Puede bastar con un bastidor de los de malla; pero mejor será utilizar uno de los de bordar.

Otra condición esencial es la de hacer todas las puntadas en la misma dirección para lograr una regularidad perfecta que dé la apariencia de un tejido de lana.

No debe apretarse demasiado la hebra, a fin de que los agujeros del tejido queden enteramente cubiertos y no se vean hilos blancos entre las puntadas.

Para hacer un vestido o un abrigo debe empezarse siempre el dibujo por abajo, a ser

posible por el centro. Y cuando se hace una costura debajo de los brazos, hay que cuidar de que la pegadura del delantero y de la espalda sea perfecta.

Es indispensable planchar la prenda, una vez terminada, y forrar el abrigo o la blusa con crespón de China o con *toile* de seda.

Para llevar a buen término la labor, resultará muy útil hacer un patrón. Se coloca la tela sobre una mesa y se coloca encima el patrón, cuyos contornos se marcan con un hilo de color. Nada más fácil que bordar luego el tejido siguiendo los contornos así señalados.

Cada vez que se termina una hebra de lana, debe anudarse la siguiente con gran cuidado, a fin de que el conjunto no presente ninguna interrupción.

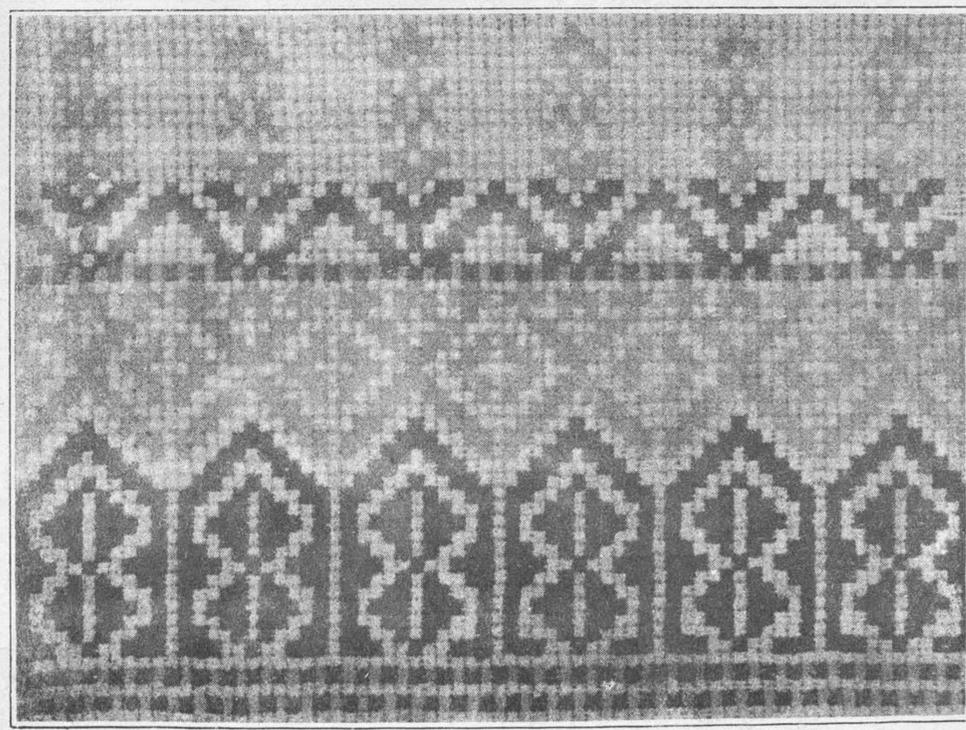
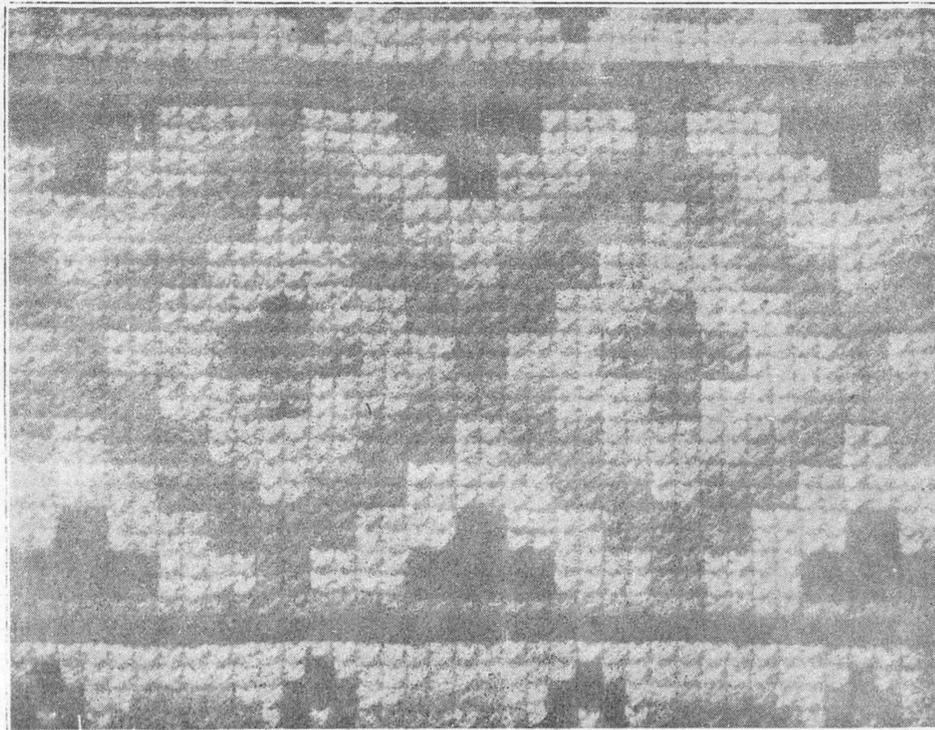
Para que las puntadas sean bastante grandes, deben cogerse dos puntos de la etamina-gasa, lo mismo para el punto lanzado que para el punto de cruz.

Los modelos presentados al punto lanzado, lo mismo pueden hacerse a punto de cruz y viceversa.

Se puede sustituir la etamina-gasa por un tul especial llamado «tul de París»; pero como tiene las mallas más anchas, no debe cogerse más que una en cada puntada.

Arriba, bordado de tapiz sobre tul, a punto lanzado, que se hace cogiendo dos cuadros verticales para cada puntada. El fondo es de lana blanca, y los dibujos son grises y verde Veronés.

Dibujo de listas transversales, ejecutado a punto de cruz, en naranja y castaño, sobre fondo gris. La prenda está hecha sobre tul de París.



Dibujos muy modernos, azul claro y azul más oscuro, sobre fondo «beige». El punto de cruz está ejecutado con lana muy fina.

Esta franja, para bordear una echarpe, puede ejecutarse sobre un tejido de seda, crespón de China o crespón «marocain», hilvanando el cañamazo y sacando los hilos de este último después de terminado el bordado.



MENÚ Y RECETAS

1.º **ALMUERZO.**—*Arroz a la rusa.*—*Empanadas de merluza.*—*Pichones con almendras.*—*Ensalada gazpachillo.*

Arroz a la rusa.— Para hacer este arroz, se limpian de nervios y piel igual cantidad de carne de ternera, de filete o solomillo de vaca, de jamón y de grasa de riñón.

Se cortan todas estas cosas en pedacitos y se cuecen, después de rehogarlas un poco en la cacerola donde se hayan puesto, bien tapada. Así que están las carnes cocidas, hirviendo el caldo, se pone el arroz, se cuece. Y para servirlo, cuando esté hecho, se vierte en una fuente honda o sopera, donde se tendrán colocadas zanahorias y cebollas fritas; se revuelve un poco y se sirve.

Empanadas de merluza.— Se pone sobre la mesa media libra de harina de Castilla, se le hace un hoyo en medio y se parte sobre él un huevo, se añade un poco de vino blanco, sal, una cucharada de manteca de cerdo y otra de mantequilla.

Se amasa todo muy bien, y extendiendo la masa con el rodillo, se hacen las empanadas, friéndolas en aceite muy caliente.

Se rellenan con un picadillo compuesto de merluza muy picada, aceitunas sin hueso, alcaparras, un huevo duro muy picado, pimienta y sal.

Pichones con almendras.— Se prepara y limpia bien el pichón o pichones, que se untan de sal y doran luego en una cacerola con manteca. Se cubre después con vino blanco, se le ponen hojas de laurel, cebolla, ajos y especias. Cuando esté hirviendo con todo esto se le añade caldo del cocido, y al servirlos se les machacan unas almendras tostadas y un poquito de azafrán.

Ensalada gazpachillo.— Se hace un gazpacho, machacando una punta de ajo y una yema de huevo duro; se le va echando miga de pan mojada en vinagre y aceite, poco a poco, como si fuese una mayonesa, y, como ésta, moviéndolo siempre por un lado; cuando esté muy unida, se le pone la sal, vinagre y agua necesarios para llenar de caldo la fuente o ensaladera donde haya de servirse, y hecho esto, se le agrega pan en pedacitos, lechuga picada gorda y las claras de huevo cocido, picadas.

COMIDA.— *Menestra de carne de cerdo.*— *Salmonetes en tartera.*— *Tordos o zorzales asados con aceitunas.*— *Almendras para postre.*

Menestra de carne de cerdo.— Se cuecen, cada cosa por separado, unos espárragos, patatas y acelgas. Las acelgas se exprimen mucho, las patatas se estrujan, y los espárragos se escurren bien.

La carne de cerdo, partida en lonjitas, se pone en un adobo, compuesto de ajo machacado, pimienta molida, sal y agua, tan sólo para cubrir la carne.

Así que está bien tomada del adobo, se frie la carne en aceite, dejándola cocer, si es dura, con un poco de agua, hasta que se ablande y quede en la grasa.

Con el aceite sobrante de freír la carne, se rehogan los espárragos, que se apartan luego para freír las acelgas, la parte verde solamente, y se apartan éstas, poniendo en su lugar las patatas, que se apartan también luego.

En la grasa que aún sobre, se pone todo lo de la menestra, y, cubierto de agua, se le añaden siete u ocho granos de pimienta negra, machacados con un ajo. Con esta sazón, y arreglado de sal, se le cuece un poco, dejándolo con muy poca salsa, y se sirve después.

Salmonetes en tartera.— Se engrasa una tartera con aceite y se espolvorea de sal, pan rallado, pimienta en polvo y manteca de vaca; se pone en ella el pescado entero, acercándolo al fuego para que cueza.

Cuando esté medio cocido se le agrega un vasito de vino blanco y un poco de salsa de tomates. Después se sirve en la misma tartera.

Tordos o zorzales asados con aceitunas.— Se limpian y preparan, abriéndoles sólo lo preciso, para introducirles a

cada uno en su interior un polvito de sal y una aceituna deshuesada.

Hecho esto, se ensartan todos en una varita o alambre grueso de hierro, con el cual se forma la varilla; y así dispuestos, se asan, cuidando de que no les dé la llama; sirviéndolos cuando estén asados en su punto.

Almendras para postre.— Se cuecen las almendras en agua con sal, se pelan y frien en manteca, se les escurre bien de la grasa y se colocan en bonitos platillos de cristal, espolvoreadas de azúcar.

Para que resulten muy agradables, han de estar bien doradas.

2.º **ALMUERZO.**— *Cachuela.*— *Sardinias tostadas.*— *Aceitunas guisadas.*

Cachuela.— Este antiguo y típico plato de la cocina española, indispensable en muchas matanzas, se confecciona del modo siguiente:

Se derrite manteca en un caldero; cuando esté caliente, se echa el hígado, picado menudo, se le pone sal y ajos machacados. Así que está rehogado, se le añade pimienta negra, clavo, nuez moscada, ajengibre, cominos y canela, todo bien molido. Se le agrega agua para que, cociendo, se ablande, y se aparta. Se pone una poquita de sangre líquida, volviendo a arrimar la sartén al fuego para que la sangre líquida se cuaje, sacándolo en seguida y sirviéndolo.

Sardinias tostadas.— Se escaman y ponen en una cacerola con aceite, ajos y cebolla picada.

Cuando estén doradas y la cebolla frita, se les echa un polvito de pimienta molida; sirviéndolas así.

Aceitunas guisadas.— Rajadas o enteras, éstas deben estar dulces. Se lavan muy bien, y escurridas, se ponen en un cacharro, espolvoreadas de sal y pimentón. Se les añade después un poquito de aceite refrito, solamente lo preciso para que se unten, unos dientes de ajo picados, laurel, recortaduras de cebollas y unos palitos de tomillo y romero. Se revuelve muy bien para que tomen el guiso; se concluye rociándolas de vinagre muy fuerte, y, pasadas cuatro o seis horas, se les echa el agua que necesiten.

Al servir estas aceitunas será con su caldo y aliños que lo forman, menos los palitos de romero y tomillo.

COMIDA.— *Espinacas con garbanzos.*— *Morcilla negra frita.*— *Bacalao en aceite y vinagre.*— *Higos secos.*— *Naranjas mandarinas.*

Espinacas con garbanzos.— Se cuecen las espinacas con los garbanzos, y cuando estén cocidos se exprimen bien. Se pone a calentar aceite en una sartén, donde se freirán muchos ajos enteros y un pedazo de miga de pan; apartándolo todo en un plato. Hecho esto, se echa en el aceite un poco de pimienta molida, y en seguida las espinacas, antes de que el pimienta se quemé. Se le da unas vueltas y se le añade comino, pimienta negra; ajengibre, muy poco, y el pan frito y los ajos; todo machacado y deshecho, con un poquito de vinagre; se le vierte esto por encima a las espinacas, dejándolas freírse bien, y se sirven.

Morcilla negra frita.— Se cuece una cantidad de arroz y otra de cebolla picada, que después se escurre perfectamente, y frías, se colocan en un barreño con piñones, nueces, orégano, bastante anís, pimienta negra, clavos, ajengibre, cilantro picado, pimienta molida y la sangre líquida. Todo reunido se revuelve bien y se embute en tripas, que luego se cuelgan al humo y al aire; y si se desea guardarlas algún tiempo más, se frien y guardan en orzas, cubiertas de aceite.

Los piñones y nueces, mondados y pelados, conviene tenerlos antes en agua. Las nueces se emplean en pedacitos.

Bacalao en aceite y vinagre.— Se tiene el bacalao cocido, deshecho y limpio de espinas y pellejos; se le pica cebolla y perejil, o cilantro, todo crudo; se le pone aceite y vinagre; se deja así para que se tome, y al tiempo de servirlo se le añade agua y vinagre; templada el agua, o fría, como más guste.

VIANDAS DE LA ESTACIÓN

Carnes.— Cerdo fresco: Lomo, chorizos, salchichas, longaniza, farinatos, sobrasada, etc., etc.

Caza y aves: Liebre, venado, jabalí, conejo, perdices, tordos, zorzales, chochas, avefrías o aguanieves, chorlitos, calandrias, trigueros, alondras, etc.

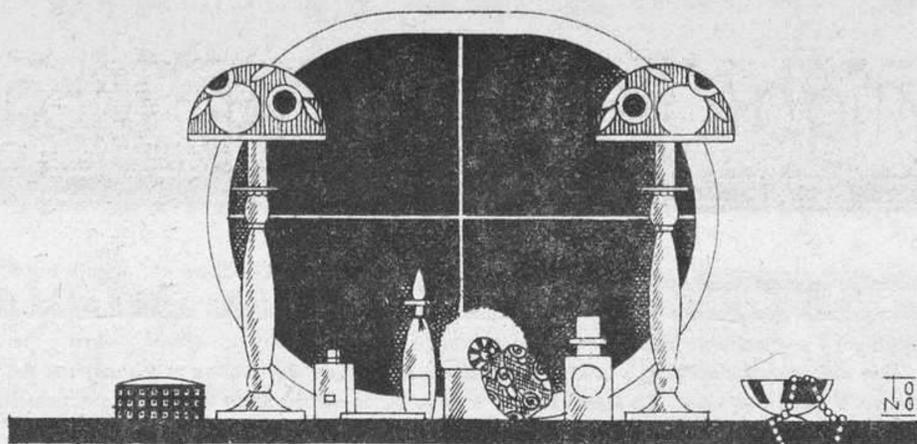
Pescados.— De mar: Arenques, atún, besugo, cazón, calamares, lenguados, merluza, pescadilla, salmonetes, angulas, almejas, ostras, mariscos, etc., etc.

De río: Bogas, anguilas, tencas, etc., etc.

Verduras.— Lombarda, berros, espinacas, acelgas, berzas, calabaza, coliflor, coles, espárragos del campo, remolachas, setas, zanahorias, lechugas, escarolas, apio, etc., etc.

Frutas verdes y secas.— Piñas, naranjas, manzanas, peras, uvas, plátanos, pasas, higos secos, orejones, castañas, nueces y bellotas.

ISABEL GALLARDO DE ALVAREZ.



EN EL TOCADOR

Para conservar la lozanía del cutis.—La belleza del cutis no depende solamente de los cuidados locales que se dedican a la cara. La lozanía o la marchitez del rostro deben atribuirse principalmente al estado general de salud, a la higiene y, más que nada, a la alimentación.

Los paseos al aire libre dan buen color. El viento, el calor y, sobre todo, el frío excesivo, son desfavorables a la belleza del cutis. El aire salino es sumamente nocivo.

Dada la delicadeza del cutis, se ha buscado con ahinco toda suerte de productos para conservar su lozanía y embellecerlo.

Antiguamente, muchas mujeres se ponían un linimento compuesto de melón y harina. El zumo de limón y la baba de los caracoles, mezclado con miel, también tenían partidarias entre las damas elegantes. La harina de habas también suele dar buenos resultados.

He aquí una crema excelente para el cutis: Almendras amargas machacadas, 40 gramos; nata fresca, 2 decilitros; agua de rosas, 2 idem, y aguardiente destilado, 1 idem.

Se le añade el zumo de limón y una yema de huevo, se mezcla, se pasa por un paño y se da por las noches en la cara.

La yema de huevo, que entra en la composición de esta crema, es un remedio soberano. También se emplea sola, de la manera siguiente: primero se lava la cara con agua hervida, luego se extiende la yema, y al cabo de una hora, se aclara con agua templada. Este procedimiento es excelente también contra las arrugas y contra el reblandecimiento de los tejidos.

Otra composición excelente: Agua de rosas, 250 gramos; tintura de benjuí, 20 idem; bálsamo de La Meca, 15 idem, y esencia de rosas, 1 gota.

Esta composición se emplea por las mañanas, después de lavarse y antes de darse la crema, que se pone antes de los polvos.

La siguiente composición tiene también la propiedad de tonificar la piel, a la vez que sirve para que se adhieran los polvos: Agua de rosas, 200 gramos; almendras dulces, 25 idem; almendras amargas, 25 idem; azúcar, 25 idem, y alcohol, 125 idem.

Sirve para que se la den en la cara, después de lavarse, las personas que no acostumbran a usar crema debajo de los polvos.

Contra el enrojecimiento de la cara y la congestión del cutis.—Nada como el régimen alimenticio para luchar victoriosamente contra las congestiones del rostro.

Las carnes en salsa, las especias, los embutidos, las bebidas alcohólicas, son otros tantos enemigos para la suavidad de color del cutis femenino.

Vigilad, pues, vuestra alimentación, y acostumbráos a tomar una infusión caliente de manzanilla, o de verbena, después de cada comida.

Es excelente tomar por las mañanas en ayunas, anís, cebada, o una pequeña cantidad de agua mineral de Vals o de Vichy.

En efecto, es esencial luchar contra la pereza del intestino, y, en caso necesario, si las aguas minerales son insuficientes, debe tomarse cada día, en ayunas, una cucharada de aceite de olivas.

Contra el enrojecimiento de la cara, se recomiendan las cataplasmas de harina de avena hervida en vinagre, de cebada y de salvado, así como también las lociones con agua de genciana y con jugo de fresas.

Pasaos a menudo por la cara un poco de algodón en rama mojado en agua de rosas y agua oxigenada.

He aquí una excelente loción: Agua filtrada, $\frac{1}{2}$ litro; tintura de benjuí, 5 gramos; glicerina, 20 idem; tintura de alcanfor, 10 idem y extracto de violetas, 2 gotas.

Otra crema también muy recomendada: Lanolina, 200 gramos; fresas silvestres, 50 idem; jugo de melón, 30 idem; pasta de habas frescas, 50 idem; zumo de limón, una cucharadita de café; miel, una cucharada grande.

Esta crema tiene el inconveniente de no conservarse mucho tiempo. Debe, pues, prepararse en pequeña cantidad, en las mismas proporciones.

El régimen vegetariano también se recomienda mucho contra el enrojecimiento del cutis.



He recibido su carta



FLOR DE CASTILLA.—Es difícil explicar aquí, en pocas palabras, tema tan complicado como aquel a que se refiere su primera pregunta; pero yo le prometo que MUJER publicará en breve toda suerte de detalles respecto a la mantelería y servicio de mesa, ilustrados con grabados que Mme. Martine Renier nos enviará expresamente de París para nuestras lectoras.

2. En el próximo número, lea la sección «En el tocador».

3. También publicaremos en breve en la sección de «Labores» lo que desea.

La publicación *Canastilla de labores* ha dedicado a los trabajos de rafia un cuaderno, cuyo precio es una peseta. Asimismo, les ha dedicado un número la revista inglesa *Weldons* (1,50).

LECTORA DE MUJER.—Ya habrá usted visto en el número de MUJER de la semana pasada nuestros disfraces infantiles, que pueden, casi todos, utilizarse también para personas mayores. Dado su tipo de usted, tengo la seguridad de que estaría usted encantadora con el de japonesa. También la sentaría admirablemente un traje de amapola, u otra flor roja, de diablesa o de cowgirl: éste último se compone de faldita corta, kaki o marrón, blusa de seda cruda, cinturón de cuero, chambergo de fieltro, altas botas de montar, pañuelo rojo al cuello; todo ello tiene un gracioso carácter peliclesco.

Para las manos, vea mi respuesta a *La sin par Dulcinea*, en el núm. 21 de MUJER. Transmitale mis recuerdos a su hermana Concha.

LIRBA EDORTANC.—Nada de *lata*, amiga encantadora. Si de algún consuelo puede servirle el confiarse a mí, hágalo siempre en la absoluta seguridad de que le agradezco sinceramente su confianza y que sólo deseo seguir mereciéndola, ofreciéndola siempre lo que ha tenido la bondad de reconocer en mí: la comprensión.

El medio de la carta que me dice, no le oculto que me parece algo peligroso. Solamente puede emplearlo si tiene la seguridad absoluta de que él es hombre de corazón y que, a pesar de las apariencias, conserva un fondo de ternura hacia usted. A no ser así, se expone a que él se sonría del truco algo ingenuo.

¿Hacer que no le ve cuando se lo encuentra? No, de ningún modo; no está la situación como para tales alardes de orgullo. Al contrario, mírele cara a cara, sin aire de burla, ni de desafío, ni de ira, sino sencillamente con un matiz de pena callada, y ¿quién sabe si no verá usted reflejarse en sus ojos la misma expresión?

Como ignoro en qué forma se ha producido la ruptura, le aconsejo algo a ciegas. Si por parte de él no ha sido rotunda, entonces, ¿por qué no entrevistarse francamente con él antes de dar estas nuevas «calabazas» al amigo? Sería un excelente pretexto, y el papel de la mujer abandonada por uno y pretendida por dos, no tiene nada de desairado.

Si él volviera... ya tendríamos tiempo de hablar de confianza. Crea que eso sería lo de menos. Lo esencial es... eso: que él vuelva. Así se lo deseo, amiga mía, con toda mi alma.

MUJER, Revista del Mundo y de la Moda, ha publicado en su primer número los retratos y autógrafos de SS. AA. RR. LAS INFANTAS DOÑA BEATRIZ Y DOÑA MARÍA CRISTINA; y desde el primer número al presente, las VISITAS que siguen:

Número 1 a Cristina de Arteaga, hija de los Duques del Infantado. Núm. 2 a María Rosa San Miguel, hija de los Marqueses de Cayo del Rey. Núm. 3 a María Teresa Roca de Togores, hija de los Marqueses de Alquibla. Núm. 4 a NeneLa López Roberts, hija de los Marqueses de Torre Hermosa. Núm. 5 a Josefina López de Ayala, hija de los Condes de Cedillo. Núm. 7 a Belén Morenes, hija de los Marqueses de Argüeso. Núm. 9 a Ernestina de Champourcín, hija de los Barones Michel de Champourcín. Núm. 10 a Blanca de Borbón, hija de los Príncipes de Borbón. Núm. 11 a Trinidad y Mercedes Travesedo,

hija de los Duques de Nájera. Núm. 12 a Cristina Loygorry, hija de los Duques de Vistahermosa. Núm. 13 a María Rosa Pérez Seoane, hija de los Condes de Riudoms. Núm. 14 a Africa Carvajal, hija de los Marqueses de Valdefuentes. Núm. 15 a Lola Bruguera y Medina, hija de los Marqueses de Borghetto. Núm. 16 a Cristina Navarro, hija de los Barones de Casa Davalillos.

Próximamente reanudará esta serie con una «visita» a Trina Castillo, hija de los Marqueses de Jura Real.



Las amigas y los amigos incógnitos



La norma esencial de esta sección está resumida en estas palabras anteriormente publicadas:

• En **MUJER** no hay, ni habrá nunca nada equívoco, desentonado o reprochable. Estamos en un recinto familiar, donde el candor puede y podrá siempre circular libre e intacto. Aquí sólo se admiten «amigas y amigos incógnitos», y por supuesto dignos en todo momento de ser recibidos en este alegre, pulcro y honesto hogar de **MUJER**. La amistad puede ser entre lectoras o entre lectoras y lectores. Con cada comunicación hay que enviar **cuatro cupones de lector o un cupón de suscriptor o una peseta en sellos**. Por cada suscripción de un trimestre se pueden pedir **seis cupones de suscriptor**. Por una de semestre, diez y seis cupones; por una de año, trece cupones. La primera comunicación de cada lectora (o lector) puede enviarse sin cupones, siempre que no esté dirigida a una persona determinada.

Como lectoras y lectores pueden ver, la marea de la amistad incógnita vuelve a inundarnos, a pesar de las restricciones que, contra nuestra voluntad, hemos establecido.

Quiere decir que, lamentándolo mucho, necesitamos acentuar esas restricciones, so pena de dedicar cada semana toda la Revista —y más— a la amistad incógnita..., y no tener espacio, ni aún así, para todos nuestros comunicantes.

Como hasta ahora, concederemos en lo sucesivo completa libertad para que cada cual nos envíe tantas comunicaciones como quiera y tan extensas como cada cual las quiera escribir. Pero...

Pero cada cupón de suscriptor, cada cuatro cupones de lector, cada peseta en sellos, sólo darán derecho a 1.500 letras. El que quiera que su comunicación tenga más de 1.500 letras, tendrá que enviar cupones (o sellos) en proporción.

Ejemplo: Una comunicación de 1.200 letras se publicará si viene acompañada de:

Un cupón de suscriptor; o de 4 cupones de lector; o de 1 peseta en sellos.

Otro ejemplo: Una comunicación de 2.300 letras necesitarán:

2 cupones de suscriptor; u 8 cupones de lector; o 2 pesetas en sellos.

Y así sucesivamente.

Rogamos a las amigas y los amigos incógnitos que se fijen bien en estas nuevas condiciones, cuyo cumplimiento no tenemos más remedio que exigir con todo rigor.

A Un Marquesito, que nos «invitó» a que nos guaseásemos de él, en el número 20 de **MUJER**. Nací en la calle de Los Tres Peces. Mi padre padecía encefalitis letárgica crónica, y ¡claro!, mi madre nos mantenía a todos con el jornal que sacaba en la Fábrica de Tabacos. La Nemesia, la mayor, hacía las faenas de la casa, y yo, desde los seis años, con mi hermana Baldomera vendíamos naranjas en la Corredera, junto a Pez. Cuando leí tu epístola vi el cielo abierto. ¡Con lo que me gustaría a mí ser marquesa, «ser una dama escopeta, muy tirá p' delante y muy echá p' atrás!; tener un Ché Pé y... comer jamón todos los días!» Pero me dije: «¡Catalina, a ver si ese marqués... es el marqués del Chirimiril...» Si me quieres conocer ven a mi puesto —ahora estoy establecida en la esquina de Fuencarral y Avenida de Pi y Margall— y conocerás canela. Hazme gasto; vendo «castañas asás, alcagüeses, torraos, alvellanas»; sólo doy gratis tortas... a los pasmaos... A ver si tú eres de esos condeses que no han visto un duro junto y padeces también encefalitis letárgica, y al verme establecida... te tengo que cantar luego: «¡Indalecio! ¡Indalecio!, etc., etc.» ¡Adiós, pollo litril, ¡marqués de la Castaña! ¡Adiós... so pelanas!... —LA BELLE AU BOIS DORMANT.

Desconocido.—Mi buen amigo: Estoy encantada, por muchas razones: 1.^a, te has portado muy bien, contestándome con una carta tan larga como las que a mí me gustan; 2.^a, porque eres muy simpático y estoy contentísima de haber encontrado, si no me equivoco, un buen amigo, y 3.^a, porque has tenido la feliz idea de tutearme. Con todos los chicos sigo la misma regla: dejo que ellos empiecen, y si tutean, tuteo; si no, el usted a todo pasto. En esta ocasión me alegro infinitamente al ver que hasta en los detalles me consideras como verdadera amiga.

Sólo una cosa me desagradó en tu carta, y es que llevamos dos o tres ya hablando únicamente de mí. Esto podrá quizá interesarte; pero a mí, ni pizca; prefiero mucho mejor ocuparme de tu persona; tú mismo, al final, reconoces que no has correspondido bien a mis líneas, pues no me das ningún detalle tuyo; gracias a que me les ofrezcas para la próxima...

Ahora que empieza a ser más interesante nuestra correspondencia, tengo miedo de que se nos estropee a causa de los cupones. Yo, como soy suscritora por un año, tengo cupones de sobra para sostener mi correspondencia, todas o casi todas las semanas; pero ¿y tú?... ¿puedes proporcionarte fácilmente los necesarios para no tener que interrumpir ni distanciar demasiado nuestras charlas?...

No te figuras con qué ilusión recibo **MUJER**, y busco corriendo la sección de los amigos incógnitos, y lo mucho que me costaría tener que prescindir de tus cartas.

Contéstame en seguida; tranquilízame diciéndome que podrás seguir escribiéndome a menudo, que seguiré siendo tu amiga...; dime muchas cosas tuyas...; quiero creer en lo que me dices: que hay hombres desinteresados, nobles, fieles, leales y... amantes. Quiero creer que tú eres una de esas almas nobles de que me hablas; y ya que, según dices, te pareces en lo moral tanto al retrato que de mí

te hice, comprenderás con el interés y con el cariño que voy hacia ti: como una buena hermana, que procurará ayudarte, animarte y alegrarte mucho; te querrá, te mimará... Así, bajo el antifaz del incógnito, no tendré ningún inconveniente en salir de mi frialdad y reserva acostumbradas para derramar sobre tus penas y tus tristezas toda la ternura, los consejos que necesites.

Quiere tú también un poco a tu «Mari-Sol», discúlpala mucho; ten en cuenta sus pocos años. Yo no tengo ningún hermano mayor y quisiera encontrarle en mi amigo «Desconocido». ¡Cuántas veces he comprendido lo necesario que me era un buen consejo, una buena palabra de un chico!; pero ¿a quién recurrir?...; las amigas, hay cosas que no saben aconsejar o que no quieren; vosotros os conocéis más, sabéis mejor vuestra manera de pensar; muchas veces consideraréis una cosa de muy distinto modo del que nosotras al hacerlo pensamos.

Ya ves que muchas veces tú también me tendrás que ayudar y aconsejar... ¡Qué alegría pensar que una persona, sin conocernos, se acuerda de nosotros, nos sigue a veces con su imaginación, nos quiere tan desinteresadamente!

Yo muchas veces al día pienso en mi amigo incógnito, te recuerdo a menudo, me imagino tus ocupaciones... Dime, cuéntame tu vida, tu carrera, tus aspiraciones...; dime si te gusta alguna chica, cuáles son tus cariños, tu familia.

Espero impaciente, más que nunca, el número de la revista, que me traerá tu larga y detallada contestación. Un cariñoso apretón de manos como despedida de tu amiga.—**MARI-SOL**.

Marichu.—Entusiasmado verdaderamente, leí, cuando ya no esperaba que ninguna incógnita lectora hubiese reparado en mi demanda de amistad, el ofrecimiento que de la tuya, sincera, ingenua y leal me haces, agradeciéndote muy de veras la distinción de que me haces objeto.

Apuntas en ella el pueril temor de unas «calabazas». ¿De veras lo has creído posible? ¿Ofreciendo una amistad como tú lo haces, puede haber alguien capaz de no aceptarla?

Así, pues, cuenta con la mía incondicional, y no dudes que en todo momento procuraré corresponderte y sabré apreciar el valor de lo que a mí confíes. No te tengo por «peque», al contrario. Si como dices has sufrido mucho, compensándote ello de tu corta edad, con relación a esa serie compleja de conocimientos que se llama Vida, no podré estimarte una niña nunca, si tienes alma de mujer; pero si fueras niña, tampoco importaba. Yo adoro la juventud, más leal, más sincera, más plena de fe que cualquiera otra edad.

Yo tampoco soy un anciano. No tengo aún los veintiún años, y, aunque huérfano de padre, desde los quince, precisamente, por haber tenido que cargar con premura con el enojoso peso del trabajo, de la formalidad, de las penas..., he visto lo hermoso que es vivir, y ahora, una vez conjurados aquellos fantasmas, busco la luz, la alegría, la felicidad.

Cuéntame tus penas, esas penas que oscurecen tus días y te hacen ver todo triste. Procuraré lo mejor posible mitigarlas y encender, aunque sea a soplos leves, entre esas frías tristezas, la llama del optimismo que te lleve la alegría al alma propia de tu juventud. Dime también todo lo que a ti o tu vida se refiera. Me interesas mucho y ardo en deseos de conocerte. De mi persona, por hoy te digo tan sólo que tengo 1,70 de estatura y que soy moreno con ojos negros.

Adiós, simpática Marichu, espero pronto tu respuesta en la que me cuentes muchas cosas, y, si me lo permites, te voy a hacer una pregunta. Cuando al hablar de cariño dices no haber conocido hasta ahora más que el de tu madre. ¿Es que no llamó a tu puerta el amor... o te hiciste la loca?

Hasta tu próxima.—**RAFAEL**.

A Castañita.—¿Que quién quiere contestarte? Pues «menda»; un «chaval» de veintiún veranos que se «pirra» por las castañas «glasées» como tú (y perdona el tuteo en honor a nuestra naciente amistad) temes que te llamen, sin sospechar que a los diez y seis años y a un «guayabo» tan lindo como tienes que serlo, únicamente se la pueden llamar cosas bonitas y delicadas, como las que desgranaría en tu oído si tuviera la infinita dicha de conocerte.

¿Condiciones? Me esclavizo gustoso a las que me impones, concediéndote la exclusiva de mi amistad, de la que desde este momento eres acaparadora. Formalidad garantizada a prueba; facultad de devolución, caso de no convenir; edad, la que arriba se indica; vine al mundo en esta «coronada villa» por la gracia de Dios (palabra) y estudio ingeniero agrónomo.

¿Encantada? Ahora lo que hace falta es que te «kodakees» un poquito en tu próxima y me cuentes de tu vida y de tus gustos que me interesan extraordinariamente.

¿Eres gata? Presiento que vamos a ser unos excelentes amiguitos, y para conseguirlo he de poner de mi parte cuanto esté por mis manos, esperando que mi simpatiquísima Castañita sabrá corresponder al afecto cariñoso y sincero que para ella guarda.—«**UNO DE LA MONCLOA**».



M. Madrid.—Perdona, mi buena amiga, si anticipándome me tomo la libertad de tratarte de tú; pero lo hago porque este debe ser el lenguaje a emplear entre los dos..., si ello no te molesta.

Comprendo que haya sido grande tu alegría al ver unas líneas trazadas por mano desconocida para ti (tan desconocida, que hasta el momento presente ni aún sabes si fué hombre o mujer quien las trazó, y si así fué redactada lo hice sin darme cuenta de ello; mas ya que tal cosa sucedió permíteme que, por ahora, mantenga ese doble incógnito y la originalidad será mayor), y que solamente a ti iban dirigidas, sin tú esperar tal cosa y mucho menos sospecharlo; pero si grande ha sido tu alegría, no mucho menor ha sido mi satisfacción al ver la lealtad y sinceridad con que me contestas, pues creeme, dudaba del buen éxito de mi solicitud y temía que esta pasara inadvertida, malogrando mis deseos.

Por ahora nada tienes que agradecerme y si por alguna parte debe existir el agradecimiento es por la mía, agradeciéndotelo doblemente por haber sido la causa de esa confianza que dices renace en ti, esperando que en lo futuro sabré acrecentarla.

Quizá te extrañará que sin tomar parte en esta original y simpática sección haya una persona que se interesase por ti; pero, repito, tus confesiones me parecieron tan sinceras y nobles, y encerraban en sí un alma tan llena de bondad y ternura, que ellas fueron las que me decidieron a solicitar tu amistad; amistad con la cual ya me honro, gracias a tanta y tanta nobleza como atesoras.

Cual tú, yo también he sufrido, aunque mis penas no las han motivado las mismas causas. Nada quiero que me cuentes de las tuyas, si el recordarlas te produce dolor. Como antídoto de ellas solo puedo darte el vulgarísimo, pero no por eso menos sabio consejo de que olvides. ¿Que esto es difícil?, quizá; pero no cuando se ponen los medios necesarios y se tiene fuerza de voluntad suficiente para ello.

Busca un hombre digno de ti, ten fe en él y verás como este nuevo cariño te hace olvidar completamente el antiguo; mas huye de los que tienen cartel entre las mujeres; esos, haciendo el amor a todas, desconocen lo que es amor, y por desconocerlo son incapaces de sentirlo y de saber disfrutar de los goces inefables que el amor tiene reservado para los que verdaderamente saben sentirlo y padecerlo. Estos, a grandes rasgos, son mis pensamientos respecto al tiránico y ciego niño, cuyos dardos, al tener por impulso la inocencia y la ceguedad, llevan dichas, dulzuras y felicidad; o tristezas, amarguras y desilusiones. Tú supiste lo que era lo último; pero no te desesperes. ¿Qué motivos tienes para dudar de que por ser acreedora a lo primero no te lo concederá?

Contéstame y dime cuáles son hoy tus ilusiones y esperanzas, que en la medida de mis fuerzas te ayudaré a mantener unas y aumentar las otras.—A. R. A.

A mi encantador amigo Frank Mayo.—Como yo también soy muy impaciente y sé lo desagradable que es esperar, me apresuro a contestarte; y supongo que un amiguito que reúne todas las condiciones buenas, tendrá también un espíritu de suma galantería y me contestará en seguida.

No te llamo egoísta, ni mucho menos, puesto que yo no quiero la amistad repartida.

El «plan» (como diría Polín) de «guasita» me desagrada mucho. Me has sido en extremo simpático, y creo vamos a ser unos «amigos perfectos». Yo te pienso hacer una consulta de amor después que me hayas contestado. Tú, pregúntame, por tu parte, cuanto quieras, y yo te contestaré lo mejor que sepa.

Todas las inmerecidas cualidades de inteligencia que me atribuyes, y por las cuales te doy mil gracias, las dedicaré a ti por entero.

Por una de las cosas que más simpático me eres es que dices sufrir mucho...; y como estamos en igualdad de circunstancias...

¿Me sabrás decir, más adelante, cómo es mi carácter? Yo creo que soy muy rara; y en fuerza de meditar he llegado a no entenderme y a hacerme a menudo una pregunta: «¿Soy incomprendida o soy incomprensible?»

Dime en tu próxima carta (con sinceridad) cómo eres, para que al pensar en mi simpatiquísimo y misterioso confidente pueda hacerme una idea exacta o, por lo menos, aproximada de tu físico.

Yo soy rubia, alta, de piel blanca y ojos azules; delgada sin ser flaca...; en fin, un tipo completamente de princesa de Rubén. ¿Te gustan los versos? Dime qué autor prefieres.

Tengo diez y siete años; llevo el pelo cortado a lo Ninón, y... no hago deportes, ni fumo, ni me pinto... mucho. Ya ves, soy sincerísima. No escribo más por hoy hasta saber si piensas, o no, seguirme contestando, o si tu idea es hacer, como he podido observar, la faenita de infinidad de niños «bien», que escriben, para luego de tener ochenta contestaciones de niñas incautas no contestar a ninguna. Pero yo creo eres «un hombre» que sabe cómo se trata a «una mujer». Tu buena amiga—ALBERTINA.

Boy.—Te contesto porque me has sido casi tan simpático como la Revista MUJER, que ya es decir; y aunque creo que el hombre es el que debe solicitar, los aviadores bien merecen una excepción; y no es coba, ¿eh?

¿Quieres una amiga joven? Aquí están las dos manos de una andaluza con quince años, no muy fea, y muy alegre; y otras dos de mi prima para un amigo tuyo que sea tan simpático como tú. Mi prima es mayor que yo y también andaluza. A las dos nos gustan

mucho los aviadores porque sois muy valientes, y por lo tanto quisieramos que tu amigo lo fuera también y que, teniendo más de veinte años, no pasara de los treinta. ¿Cuántos tienes tú? Como ves, no es necesario pintarse tristón y achacoso para tener una buena amiguita; al contrario. A mí no se me hubiera ocurrido nunca contestarle a uno de esos aburridos; ante todo porque me parecen faltos de franqueza. Se podrá estar triste una hora y hasta un día, o un mes; pero toda una vida, ¿verdad que no? ¡Ah!, se me olvidaba. Si llego tarde y ya tienes otra amiguita incógnita... ¡Uy, qué fastidio...! Bueno: por si tu amigo y tú nos dais calabazas..., permíteme.

¡¡¡Caballeros!!! ¿Hay por ahí dos muchachos que si no son aviadores, por lo menos vuelen con la imaginación? Y que no sean litris, ¿eh? No me gustan los planes cañón ni la amistad garrafal.

Si es así, contestad, porque estamos dispuestas a daros toda nuestra amistad y alegría.—MI PRIMA Y YO.

Para Mari-Sol.—Pocas alegrías he recibido en la vida, pero la que me has proporcionado interesándote un poco por mí, ha colmado la avidez de ellas en que estaba sumergido. Gracias. No tendrían expresión estas líneas para manifestarte mi profundo agradecimiento. Todo el cariño que mi corazón está ansioso de entregar, lo deposito en esta amistad.

No tengo amigo alguno; no quiero tenerlos. Como luego verás, estoy escarmentado de ellos. No tengo novia, no; creo que nunca la volveré a tener. No podré quererla y soy incapaz de engañar a nadie, y menos a una mujer joven. Odio a los que fingen lo que no sienten y hacen forjarse ilusiones en los corazones jóvenes, cerrándoles para siempre al verdadero amor. Quise hace tiempo a una chica que era mi ideal; la quise como al primer amor, con la fogosidad de los diez y ocho años. Ella también me quiso. Era franca; pasó el tiempo; tuve que ausentarme... y un «íntimo amigo mío» logró insidiosamente hacerla creer que la había olvidado y engañado. Se arreglaron ellos. ¡Qué poco me debía querer! Volví, y nada dije. Desde entonces soy como me he querido manifestar. Dices que cuando quieres, quieres muy fuerte. Era yo igual. Cuando quiero, quiero solamente a quien se lo digo. Soy incapaz, como te he dicho, de engañar a una mujer. Amor noble, leal y franco era mi lema. Ahora, ¡ay!, soy incapaz de amar.

Mari-Sol: ya te he dicho que no tengo amigos ni amigas; solamente tú eres ahora el rayo de tu nombre que iluminas las borrosas sombras de mi juventud. No me abandones y contéstame, aconséjame como sabrás hacerlo, pues creo pensamos en todo igual. Has sufrido; no creo tanto como yo. Has olvidado; yo también; solamente que a mí me ha quedado un retraimiento que solamente tú podrás, si quieres, quitarme.

No creo nos conociéramos; pero Dios quisiera que en una de las muchas casualidades de este mundo llegáramos a encontrarnos, y entonces verías cuán noble y franca es la amistad, por ahora incógnita, de—MANOLO.

A un enamorado.—Tu opinión coincide exactamente con la mía y con alegría excepto encantada tu amistad, no dudando que llegaremos a ser excelentes amigos. Desgraciadamente no todos piensan como nosotros. Al ver que «él» no se declaraba (creyendo que estaba enamorado de mí), decidí meterme el orgullo en el bolsillo y decirle que valía la pena quererle. No me dió calabazas; pero me dijo un sí, que si el no de una muchacha puede significar sí, el sí de un hombre, en este caso, seguramente significaba no. No sabiendo en qué concepto me tendría opté por preguntarlo por mediación de esta simpática Revista, y tu respuesta es la que más me ha gustado. Por tu seudónimo veo que tu corazón también debe de andar en danza; si es así, por si te puede aconsejar en algo, cuéntaselo todo a tu amiguita.—MONINA.

Ramayhana.—¡La áurea y esotérica cantada por Walmiky Me invitas con gesto gallardo a que arroje una linterna que sólo sirvió para encontrar hombres, ¡como si Diógenes pretendiera nunca hallar una mujer! Tu altivez, tu preponderancia espiritual, tu enciclopédica cultura y la lozana flor de tu talento, evidentemente me han interesado... Una mujer, nueva Concepción Arenal, que esmalta su prosa de tan admirables citas y tan galano estilo, no debe llevar la falda a media pierna, ni el pelo cortado a lo garçon... ¿Cómo eres? ¿Quién serás? Acaso te haya visto pintada en un abanico firmado por Watteau. ¡Soñó contigo Dante...! Todo menos la simple y vulgar mujer de Hobes. Más «homo sapiens» que sirena o colombina. Sin embargo, ¡cuántos tesoros debe encerrar el encanto de tu feminidad, no profanada por tu erudición! ¡Qué adorables deben ser tus ojos negros, o color alga marina, boca de clavel y terciopelo, una gota de rubí reflejando el último rayo de sol, corazón inquieto, voz de madrigal, un cascabel en una copa de cristal...! ¡Me rindo! Pongo a tus alabastrinos pies de deidad griega, esculpidos por Scopas, ¡ya habló Píndaro de ellos!, mi lanza envenenada. No recelo de ti. Sois corderas las mujeres, sin más caja de Pandora que vuestros pueriles caprichos y vuestra infantil vanidad... ¿Complicaciones, misterios, «palabras cruzadas»?... Son entelequias, aberraciones de los psicólogos que no amaron y no fueron comprendidos por una mujer... ¡Pobre Cipris! ¡Mi ingenua Ramayhana! ¿Qué sois vosotras las mujeres? Mariposas inconscientes y frívolas. Ese adorable ser intermedio entre el hombre y el niño. ¿Tú has leído a Schopenhauer y a Nietzsche? Las pones ante los ojos, en guardia siempre, interrogantes y atónitos, el divino espejuelo de las bellas



palabras que halaguen su vanidad, cualquier deleznable trazo, una insignificante chuchería, y brincan como pájaros, rien felices como las hetairas... Claro que algunas como tú, tienen las alas en el cerebro (eres una intelectual, espíritu en exceso cultivado), en vez de tenerlas en el corazón... ¡Qué más da! Y ahora..., ya que me arrojaes no se si la flor o el guante de tu amistad —tan altiva fué, soberana señora, vuestra contestación—, descubre el velo de Isis de tu alma. Habla primero tú a este «viejo filósofo del Pórtico...» La luna, una mujer más, a la cual hacen el amor todas las noches su corte de estrellas, bruñe con su azulado y espiritual resplandor el glorioso y destartalado retablo de Arlequín... Ramayhana, humanízate, y calzando los chapines, disfrazando tu áreo cuerpo con las descoloridas sedas de la farsa, humedecidos con las lágrimas de Colombine, coloca sobre tus vaporosos cabellos del color del sol, o de la noche, la empolvada peluca..., canta..., dí... Cerraré los ojos para mejor oírte. Si hablas, creeré que es un ave enamorada que cruza el espacio saludando la aurora o el crepúsculo...; cuando andes, creeré que son las mariposas que arrastran una flor... ¡Soñaré, soñaré! ¿Eres joven? ¿Eres elegante? ¿Eres guapa? ¡Miénteme! ¡No habré de conocerte nunca! ¡Ramayhana! ¡Ramayhana!—DIÓGENES ESCÉPTICO.

Desconocido amigo Kant.—Casi segura de que nadie me contestaría, con mucha alegría (pues soy muy franca) he visto que usted me escribía. Estoy casi segura que podemos ser buenos amigos, ¿verdad? ¿Puede ser que aún queden personas serias sin ver la vida en negro? Lo temía hasta hoy, que me hace usted creerlo. Intentemos, pues, esta verdadera amistad que me ofrece. La mía es franca y sincera. Comprendo que quisiera saber algo de mí; pero aún no me atrevo si mi amigo desconocido no principia. El seudónimo bajo el cual escribe es del idioma que más me gusta. No me voy a poner pedante. No crea que lo hablo. ¿Me perdona mi indiscreción por saber si habla la lengua de Goethe?

Hasta la suya, amigo desconocido, que deseo pronto.

No sé qué tal le parecerán estas líneas, pues soy muy torpe para expresar lo que siento.

Un cariñoso un afectuoso saludo al «filósofo Kant» de una Syria. MYRTO.

Para el que firma Luis y busca una mujer.—Simpatiquísimo Luisín: Con verdadera pena me enteré, por la agradable Revista MUJER, del pasado 23 de Diciembre, que, no obstante encontrarse en lo mejor de la vida, te sientes *harto de ella*.

Meditando yo lo que en tus líneas dices, mi corazón me ha impulsado a contestarte, pues tengo el presentimiento que tú eres por el que en una ocasión, no muy lejana, me interesé vivamente por su suerte; y cuando más feliz me sentía por su correspondencia tan amena, surgió un inconveniente que me hizo tener que dejarla. Pero aun sin tener comunicación con él, seguí con el mismo interés de siempre enterándome de su suerte; y al hojear esta encantadora Revista me llamó la atención su escrito y pensé que si eres el que yo me creo, te digo que no desanimas.

Yo soy la misma de siempre; no me creas orgullosa, ni mucho menos; si tú quieres, podemos seguir siendo amigos de verdad.

Yo sigo en esta gran capital, donde paso los inviernos, aunque afortunadamente quizá sea el último que pase, pues nuestra misión de estar en ésta se terminará dentro de poco. Ya te daré detalles de todo en cuanto me des ocasión para ello.

¿Qué te parece de esta simpática Revista? Yo te digo que me entusiasma. Así que estoy deseando lleguen los miércoles para recibirla.

Contéstame en seguida, pues ya sabes que no te olvida un momento una—ASTURIANA.

A ti, Capitán... Veneno, van dirigidas estas líneas. ¡Tu presentimiento ha sido realidad! Yo, que nunca me decidí a tener un amigo incógnito, al ver tu carta en mi Revista favorita, decidí en seguida contestar, y he aquí que ahora me da un poquito de miedo. ¿Por qué? En seguida te lo voy a decir. Al mismo tiempo que la mía recibirás muchas cartas. Todas ellas serán simpáticas seguramente, y además, habrá muchacha que te explique como es. Y naturalmente, el llegar a hacerse una idea de cómo es una mujer siempre es agradable. Yo, en cambio, quiero vivir en el incógnito, y si te explico mi genio, mi cara, mi risa, el misterio queda un poco *descubierto* y pierde algo de su encanto. En mí sólo quiero que veas dos cosas: feminidad y juventud. A ver si sólo con estas dos armas consigo trocar tus pequeños sinsabores en grandes alegrías. Y si así es, verás como he de hacer que tu felicidad sea completa.—SONRISAS.

Hoy.—Por la encantadora revista MUJER veo que tiene enormes deseos de tener una amiga joven y simpática. Joven lo soy, y simpática... Usted mejor que yo podrá observarlo.

Soy sevillana y... dicen que tengo unos ojos que «tiran pa atrás».

De ninguna manera le daré yo calabazas. En todo caso, se las daría en «dulce», porque soy muy golosa.

Me gustan a rabiarse los aviadores, ¡y eso que conozco a muchos! Cuénteme muchas cosas tuyas, que yo también le daré detalles míos. Desde luego, conservando siempre el incógnito.

Aunque soy un poquitín moderna, ¡tengo corazón! Y ni fumo egipcios ni llevo el pelo a la «garconne».

Adiós, hasta la próxima «tuya», simpático aviador.—«DAMITA DEL SIGLO XX».

Para mí ya mejor amiga Travesuras.—No sabes tú bien lo que me he alegrado al leer tu carta, pues veo que he encontrado una persona parecida a la que tanto quiero, y por la cual veo que muchas veces vuestro proceder no os lo dicta nada más que vuestra coquetería. Y no sabéis que os hacéis mal vosotras mismas como en esta ocasión, pues si le quieres, como me dices, como yo a ella, no dudo que sufrirás por tu culpa como yo sufro por la suya, pues casi estoy por decirte que ha sido el primer amor de mi vida; pues si antes tuve varias novias, no fueron nada más que para pasar el rato: novias de estudiante; pero a ésta te aseguro que la quiero con toda mi alma. He hecho todo lo imposible por olvidarla, pero inútilmente. Su imagen la llevo grabada en mi corazón, y no la puedo hacer salir de su escondite por más que procuro aturdirme con otras, sobre todo cuando ella pasa.

Pero ya me olvidaba del objeto de esta carta. Para conseguir vuestro objeto, a más de los medios que vuestra coquetería os dicta, te diré éste por si lo quieres poner en práctica:

Una amiga de verdad que lo sea a su vez de él, y que hablando con él te saque a relucir en la conversación, y si ve que el muchacho te quiere de verdad, no dude en decirle que le quieres y que si volviera a insistir le dirías que sí, y no dudes de que si el muchacho te quiere, a los dos o tres días es tu novio; pero si ella ve que no te quiere, que no le diga nada, pues sería peor. ¿Me explico? Me alegraré que así sea y que este consejo que te doy de amigo leal y desinteresado te sirva de algo, y no dudes, cuando alguna duda se te presente consultármela, que yo, en lo que esté en mi mano, te ayudaré, por más que creo que continuarás esta correspondencia nacida de nuestra amistad incógnita.

Referente a lo que me preguntas te diré estoy estudiando para ingeniero industrial.

La conocí en una capital del norte, en Burgos, y nos presentó nuestra misma simpatía. De manera que mira como tengo motivos para creer lo que creo.

No te quejarás por lo que te escribo. Cuando me contestes dime tus señas personales para poder yo hacerme un retrato aproximado tuyo, y dime cómo, cuándo y dónde le conociste.

Ya ves como soy franco contigo. A ver si me correspondes con la misma moneda, y hasta la próxima se despide de ti tu verdadero amigo.—TOÑÍN.

Para Margot.—Me contestaste, amiga mía. Te lo agradezco infinito, pues muchas contestaciones recibiste a tu llamada y seguías quietecita, quietecita, esperándome a mí tal vez, que siendo de idénticos pensamientos, de iguales ideales, no tardaría en llegar. Pero lo has hecho con tan poco entusiasmo, con tanta frialdad, que me has desconcertado. Esperaba que si yo te ofrecía la mano para que no desmayaras en ese camino del mundo que nos resulta tan penoso, tú me echarías a mí los brazos al cuello para que percibiera mejor los latidos de tu corazón, que presiento tan bello.

Háblame más de ti, más extensamente. No temas cansarme. Dime tu edad —aquí no es indiscreción preguntarlo—; qué haces; qué quisieras hacer; si te gusta leer; en qué plan social vives; en fin, detalles que se pueden contar desde el momento de aceptar la amistad que te ofrecí.

Si te interesa a ti algo de mi vida, pregunta, pregunta, Margot, que estoy dispuesta a satisfacer el menor de tus caprichos.

Yo sólo tengo uno en este momento: que me contestes cuanto antes, muy prontito, que ansía leerte—MARÍA-REYES.

Amigos incógnitos.—A vosotros me dirijo, particularmente a los que, como yo, aún no se han decidido a tomar parte en esta Sección.

No creáis que no he tenido mis dudas al empezar, y entre ellas la de si hacerlo en forma de pregunta; pero, ¿para qué andar con rodeos ni disimulos desde estas columnas, en donde en todo y ante todo debe reinar la franqueza? ¿No os parece...? Así que os diré la verdad: me impulsó a coger la pluma el encantarme la idea de poder tener un amigo a quien jamás conoceré, y con la seguridad, casi absoluta, de que nunca sabrá quien soy... ¡No creáis que esto no tiene cierto interés...! En fin, lo deseo, sí, para poder contarle cuanto se me ocurra y, a mi vez, comunicarle alegría, disipar sus dudas e incluso darle consejos si fuese preciso, puesto que para tener experiencia no es necesario vivir las cosas, sino que basta pensar en ellas; este será mi caso.

Lo único que desearía —de brindarme alguno su amistad—, es que fuese muy serio en su manera de proceder —eso no quita para que su carácter sea alegre—, y sobre todo, que tuviese más de veintitrés años, pues aunque sea para amigo incógnito, prefiero que sea mayor que yo. Y por último, que le baste y le sobre con mi correspondencia, que yo prometo será frecuente, procurando le resulte lo más amena posible.

Os aseguro que guardo el incógnito más absoluto. Ni en mi casa saben que escribo. Me he propuesto no decir nada. Es cuestión de amor propio, por si nadie me contesta.

De todos modos, recibid un saludo de—CRISTALINA.



Para un voluntario (amigo incógnito).

Tengo simpatía y gracia, según dicen; poseo, además, unos ojos verde Cantábrico, que descubren un alma soñadora y ansiosa de emociones. Mi imaginación ardiente y fantaseadora busca un amigo incógnito capaz de comprenderme y consolarme en los conflictos sociales y sentimentales.

¿Quién cuenta con el valor necesario para sumergirse en el océano de los ojos verdes de—MIREYA?

Amigos incógnitos.—Me encuentro en un mar de perplejidades que, por más vueltas que le doy, no sé cómo resolver, ni qué respuesta dar a las preguntas que me hago. ¿Sería alguno de vosotros tan simpático que me conteste, si está dispuesto a sacarme de dudas?

Te quedará agradecidísima, amable amigo futuro, y dispuesta a su vez a seguirte contestando, si así lo deseas, tu amiguita que, aún sin conocerte, ya te quiere un poquitín.—LA SEÑORITA DEL PELO CORTO.

Desde que empezó a publicarse MUJER tenía vivos deseos de acudir a esta sección, pero no me decidía a solicitar correspondencia con un amigo, pues se me figuraba que quien me escribiera se había de aburrir conmigo, porque no soy muy animada.

A ver quién se decide y me quita el *splen*. Y ahora una exigencia: No quisiera que fuese un nene que estudiara el bachiller; los chavales me gustan hasta que tienen cuatro o cinco años; después no me gustan si no tienen de veinticinco para arriba. Tampoco lo quisiera militar; los dejo para las niñeras y para las señoritas de la Cruz Roja.

Sentadita espera a su galán—ICHUSÍ.

A los lectores de MUJER.—Siempre estuve para hacerlo, y nunca me atrevía, porque me daba mucha rabia que nadie me contestara.

Yo tengo muchos que se llaman amigos y amigas, pero yo no sé si son. Ellos, unos niños de trinchera sucia, y ellas, unas niñas que tienen la cabeza llena de viento, que asustan. A mí no me queda más remedio que andar con ellas, porque todas son iguales. Yo me aburro mucho, pues no se les puede hablar nada más que de trapos.

No vayan a creer que yo soy una polla rancia. Me gusta todo lo moderno, y sobre todo el fútbol.

A ver si hay algún pollo que no sea «pera» y que sea muy hombre. No me importa que sea alto o bajo, rubio o moreno, gordo o flaco. Lo principal es que sea un buen amigo, que es lo que busco.

Soy gallega, y tengo diez y ocho marzos, muy morena, y tengo melenina y soy rellenita.

¡A ver si hay alguno que me conteste pronto!—UNA MUJERCITA SERIA.

He aquí, pues, el mundo de los espíritus; el campo de las almas en donde toda materialidad está proscrita; donde la inteligencia y el corazón pueden elevarse sin tropiezo hasta las cumbres inaccesibles...

Heme, pues, en estos Campos Elíseos para presentaros la incógnita de otro ser más, sólo que, para llevar el ideal hasta el extremo, no quiero ocuparme ni del sexo ni de la edad, porque el espíritu carece de ello... Intrigaos si lo queréis; así habré logrado al menos atraer vuestra atención.

Soy alguien que se dispone a comprender e ilustrar vuestras opiniones y sentimientos, porque he sabido aprovecharme de la ilustración y de la experiencia de los hombres. Eso es todo. Así, pues, os saludo y os acojo por igual; hablemos de amor o de ternura, de placeres o de dolores, de ilusiones o de engaños, ¿qué importa el tema?... Con la receta que habéis oído lo sé y lo comprendo todo... ¿Queréis una amistad mejor que la mía?... Sólo que mis respuestas habrán de tardar mes y medio, porque os hablo desde ultramar.—HERMAFRODITA.

A todos.—En esta incomparable Revista, donde tan distinguidas damitas os brindan su amistad, tengo el presentimiento de que voy a ser una nota muy oscura. Yo no sé usar palabras de un lenguaje ya estudiado y retocado; por eso voy a presentarme tal como soy. Feucha, humilde obrerita, y por consiguiente mi ilustración muy escasa; ahora que en mi disculpa tengo que hago las cosas por intuición; por eso ignoro si estas líneas estarán tan mal redactadas que vayan al cesto de los papeles, en cuyo caso acabaré por creer que mi destino es que nadie conozca mis sentimientos.

Si esto se publica, y entre vosotros, amigos incógnitos, hay alguno tan demócrata capaz de contestarme, quedará agradecida a tanta distinción.—OBRERITA.

A todas y a ninguna.—Son tantas las lindas lectorcitas de esta simpática Revista; tantas y tantas las que ofrecen su amistad, que yo —perdonar mi franqueza—, yo que, por desgracia, conozco bastante bien el corazón femenino. antes de seguir os vuelvo a pedir perdón. ¿Me lo otorgáis? ¿Sí? Pues bien: yo he llegado a formarme la suposición de que si no todas, por lo menos casi todas aspiran a lograr algo más que una amistad. Por eso yo no me atrevo a solicitar la vuestra, y mucho menos porque, al igual que «Cruificado», soy muy feo y no padezco la enfermedad tan moderna del «trinchismo», «futbolismo», etc., etc.

Como véis, estoy lleno de defectos, y, por si esto fuera poco, soy un modesto mecanógrafo; y si algún día llegara a ser algo, lo

debería a mi propia fortaleza de voluntad y perseverancia, que son los únicos medios con que cuento para triunfar; porque dar patadas a un balón no sé, y si escribo correctamente la palabra *foot-ball*, es porque padezco la loca manía de estudiar idiomas.

Puede ser que también ande por el mundo un alma femenina que, cual yo, sepa que la palabra «amistad» dista mucho de la maldita —digo maldita por experiencia— palabra «amor», que tantas dichas, desengaños y traiciones encierra.

Si esa mujer eres tú, lectora —no te importe ser guapa o fea—, ten un poquitín de lástima de un joven a la antigua que es muy feo y acepta mi humilde y franca amistad. Pero si a ello te anima el deseo de tomarme el rizo, te agradeceré mucho más que en tus deliciosas mejillas de muñequita de adorno se dibuje un mohín de disgusto y digas con despecho: ¡Qué imbécil!

Siempre a tus órdenes.—ANGEL.

Si se encontrase, entre las simpáticas lectoras de MUJER que desean trabar amistad con amigos incógnitos, alguna muchacha heroica y jovial que se avenga a calmar las amarguras de un infortunado padre de familia, ganaría la inextinguible gratitud de—UN POBRE HOMRRE.

A los simpáticos lectores de MUJER.—Yo deseo, como otras tantas, un amigo incógnito a quien le pueda contar mis penas y alegrías, y no dudo de que entre los simpáticos desconocidos habrá alguno que acepte la amistad de esta futura amiguita.

¿Habrá alguno que acepte la amistad de—MARIA OLGA?

Queridos amigos incógnitos.—¡Aquí está la que faltaba! A ver quién es el valiente que se atreve conmigo!

¡A que me dejan más fea que soy!—¡MYSTHE QUÉ COZA!

A los amigos incógnitos.—Entusiasmada en tal forma por la amistad que nos ofrece esta Revista, me decido a escribiros a ver cuál es el simpático joven que brinda su amistad a una mujer de diez y siete años.

Cuando me contestéis, decirme cuál es el espacio que se concede a cada carta, pues yo no lo sé, y tengo miedo de que, si esta carta la hago más larga, no me la publiquen, por haber pasado del límite.

Se queda esperando vuestra contestación—TORÓ.

Amigos incógnitos.—Os escribo por medio de esta simpática Revista con la esperanza de que algún lector me contestará brindándome la amistad que deseo tener, pues tengo muy pocas amigas y vivo muy sola.

A ver si algún simpático chico se decide a contestar a una chica de diez y seis años y rubia.—LULÍN.

A las gentiles lectoras de MUJER.—Si tuviese la dicha inefable, la suerte, la felicidad, de encontrar una verdadera amiga que no sea modernista, y sí, muy franca, joven (como yo) y algo romántica y soñadora..., le ofrecería una amistad sincera, mi corazón, mi cariño, mi vida, mi porvenir, todo cuanto soy, cuanto valgo...

¿Que cómo soy? Ya tendré el honor de decíroslo. Impaciente espera vuestra contestación, y se despide de vosotras bendiciendo la hora en que conocí a esta simpática y elegante revista MUJER.—JOSÉ LUIS.

Amigas incógnitas.—¿Me contestaréis alguna? No lo sé. Quisiera poderme comunicar ya con alguien. Soy joven y estudiante. Mi carácter alegre o triste, frívolo o sentimental, ya lo descubriré, así como mis rasgos fisonómicos. Si alguna queréis tener un novio desconocido, un amigo, podéis contestarme.

Charlaremos de todo a lo que sea aficionada la que me conteste. Soy un concurrente más al gran baile de máscaras de «Los amigos incógnitos» que busca pareja.—RAFAEL.

Ya que MUJER nos brinda el bonito modo de descubrir nuestro corazón sin dar la cara, no quiero desperdiciarla.

¿Quién de vosotros desea tener una amiga?

Yo os prometo seros franca y deciros siempre la verdad.

Espera con impaciencia al que ha de ser su mejor amiga—FEMINA.

Amigos incógnitos: ¿Contestaréis alguno a esta pobre africana? Yo creo que sí, ¿verdad?

Me gustaría lo hiciera un chico que hubiese viajado mucho para que me describiese algo de España. ¡He visto tan poco de ella!

Pero no crean que todas mis cartas van a ser preguntas, no; hablaré también de... bueno, como siga voy a empezar a escribir sin que me hayan contestado, me van ustedes a tomar por loca, y aunque tengo diez y seis abríles no soy *nada loca*.—UMA AFRICANA-ANDALUZA.

Rosaura.—Gracias por tu atención. ¿Que si quiero tu amistad? Con mucho gusto, pues estoy muy necesitado de una verdadera amiga. Has de saber que soy solito ya en el mundo, por desgracia.

Quisiera conocerte; pero ya dirás cuándo. ¿Me contestarás, de aquí en adelante, a las preguntas que yo te haga? Si quieres, empieza tú a hacerme las que quieras, y ten la seguridad que a todas te diré la verdad. Yo espero de tu amistad lo mismo.

Tu siempre amigo.—MUR.



Para la simpática Condesita de XVII abríles.—Una de las más grandes alegrías que me han dado desde que vivo aquí, en Burgos, ha sido el recibir, por medio de esta simpática Revista, su carta, y puesto que de corazón acepta esta leal y sincera amistad que la ofrezco, nos tutearemos desde ahora. ¿Quieres?

De mi físico no te puedo decir sin pecar de presumido; si conoces a alguna amiguita mía, pregúntaselo, y te dirá que soy algo bastante feo. Yo te diré que soy alto, delgado; pelo largo, peinado para atrás, color castaño; ojos casi negros, regulares, etc., etc.

El nombre con que firmo se lo debo a mi hermanito, que cuando nació no se acostumbraba a llamarme A... (ya se me iba a escapar el nombre!) y me llamaba «Pitito», y con «Pitito» me he quedado.

La idea ha sido para ofrecerte una prueba de mayor amistad, mi querida Condesa, amistad que tal vez por no conocernos ha arraigado tan pronto entre nosotros.

Tengo diez y ocho años; estuve estudiando para militar, y como me suspendieron, tengo que ganar todo el tiempo perdido para terminar ahora el bachiller e ingresar en la Escuela de Ingenieros Industriales. Ya sé que a ti te gustaría que tuviera la carrera terminada, y temo por eso que se enfríe tu naciente amistad y la pierda. ¿Me equivoco?

Te diré, contestando a tus preguntas, que la melena es lo que más me encanta, y si es rizada, mejor que mejor.

Yo he nacido en Madrid, en el barrio de Lavapiés, y bautizado en la iglesia de la Paloma.

Y dime ahora: ¿Por qué me haces esa pregunta? ¿Es que te gustan los madrileños?

Vivo aquí, en Burgos, desde hace varios meses, y pienso ir a Madrid, por lo menos, en Junio (si no voy antes), y después del veraneo, que lo pasaré aquí, me iré definitivamente a Madrid. ¿Te conoceré?

¿Qué larga se me va a hacer la espera hasta que me contestes! En tu carta se trasluce tu alma, y ya me parece que te conozco desde chiquitita, y en mis sueños (pues todavía tengo bellos, sueños como cuando niño) te veo bonita, preciosa, dándome sabios consejos desinteresados.

Yo te imagino una morena castiza de esas que quitan el hipo, ojazos grandes, con la faldita poco más de la rodilla, con mediotacón y melena rizada. ¿Me engañé?

Dime tú cómo me imaginas. Pasada esta primera carta de presentación (bastante más larga que la tuya), en la próxima te abriré mi pecho y desnudaré ante ti mi alma, para que leas en el fondo de mi corazón.

Hasta la próxima, querida Condesita, y no olvides a tu mejor amigo, que es—PITITO.

A Insoportable.—He leído tus breves líneas en el número 19 de la simpática revista MUJER, y me he decidido a escribirte.

Tengo diez y seis años, y me gustaría me dijeras (si es que aceptas mi amistad) tu edad y si eres moreno o rubio.

Espera tu contestación—MAC MURRAY.

Me encanta formar parte de esta sección. Mucho me gustaría tener un amigo incógnito de los que tienen que estar más en mar que en tierra, y llevan anclas... Un chico de *bomba y cañón*, aunque peligroso —¡qué horror!, una explosión, granadas—, sería muy de mi gusto también. Soy hija de un jefe de artillería, sin duda por eso... ¡Ah!, y un aviador de amigo, un encanto, pues siempre están a *gran altura*; pero conste que si me contesta alguno que no vista uniforme, encantada de la vida, de ser su amiga verdadera.

¿Quién es el primero?—HILDA, LA CAPRICHOSA.

¡Tengo un pánico al empezar a escribir!; pero la pluma corre mucho, mucho, pues la que la hace correr tiene deseos grandes de tomar parte en esta correspondencia encantadora. ¡Qué fuera de lo vulgar es esto!

Y termino preguntando quién es el amigo incógnito que se decide por—LUZ MARÍA.

Incógnitas!—Todas me sois simpaticísimas, y a todas os supongo realmente encantadoras (¿quién lo duda?); pero creo yo que no basta me agrade vuestro seudónimo o me admire vuestra erudición, donaire y gracejo; es preciso, antes de honrarme con vuestra agradable y deliciosa amistad, que me conozcáis a mí también, y de este modo la afinidad espiritual podrá servir de base a la elección.

Soy vasco, nacido en un puertecito del mar Cantabro; mis mayores aficiones; las Bellas Artes, los viajes y, sobre todo, la mujer y el amor, supremas manifestaciones ideales de la Naturaleza y el espíritu; estudio ingeniero; soy moreno, con ojos azules, el cabello ensortijado y mi complexión es robusta como de hombre educado en los deportes marítimos; mi edad, veinticuatro años. Cuanta gente me conoce (¿será por cobearme?) me dice soy simpático e inteligente (modestia aparte), y no dudo que con cualquier incógnita sería capaz de plantearme un delicioso problemita de solución encantadora. ¿hace?

Contadme, pues, incógnitas amigas, cosas de vuestra interesantísima vida que desde este momento comparto, y a cambio de las cuales os hablaré de mis pequeñas inquietudes espirituales, leyendo en mi alma páginas delicadas de amor, a las que siempre una mujer puso uno de esos epílogos que gustan de evocarse por su íntimo y delicioso aroma.

Espero de vosotras corresponderéis a la más franca y cordial amistad que ofreceros puede—EGUINOA.

Amigas incógnitas.—¿Hay por ahí una moceta de buen corazón que no use melena, ni sea niña modernista, que se apiade de este pobre náufrago?

Soy un chico muy formal, libre de quintas, con un verdadero tipazo, hermosa cabellera y dispuesto a querer con toda su alma; pero estoy tan triste y decaído por la trastada que una morena me ha hecho, que necesito un alma grande que me consuele y ayude a mitigar estas fatigas, y nadie mejor que una buena amiga incógnita.

Lo espera de alguna de ellas.—MIGUEL-ANGEL.

Acabo de coger un número de MUJER en mis manos, y encantado con la sección «Las amigas y los amigos incógnitos» me decido a escribir —aunque con un poquitín de miedo—, por si queda una buena amiga para mí.

Sólo pido a mi futura amiguita, por ahora, que sea sincera y constante al escribir. ¿Es mucho pedir?

Tú se lo dirás a—IGUELDO.

Amigos incógnitos.—A vosotros me dirijo por si hay alguno que quiera aceptar la amistad de una linda americanita. (No tengo abuela.)

¿Me enseñarías tú, incógnito amigo, a comprender y, a ser posible, dominar a los hombres?

Tengo diez y ocho abríles y estoy cursando el tercer año de Medicina, y siempre con los libros, y yendo a hacer prácticas me resulta muy monótono y aburrido. Por esto, amigo mío, quisiera que me dijeras algo sobre este particular, por ser tema que me interesa vivamente.

Si hay algún decidido, que me conteste pronto; que se lo agradecerá infinito—ARIADNA.

Para las lectoras de MUJER.—A los diez y nueve años, en la edad de las ilusiones, estar destacado en una posición avanzada y perdida en el centro de Marruecos, ¿verdad que es una pena?

¿Quiere alguna lectora de esta simpática Revista ser amiga (y por lo tanto escribirle) del teniente que suscribe, que está en dichas condiciones?—CÉSAR DE M.

A mi regreso de París me encontré con unas amigas y me recomendaron una revista: MUJER. No hice caso. Al día siguiente me enviaron un número a casa, y aquel mismo día me suscribí. La encontré útil, distraída, amena; la mejor revista que hay.

Tal es mi entusiasmo, que desde entonces deseo vivamente que lleguen los miércoles por la mañana para que mi doncella entre a llamarme con MUJER en la mano. Es el día que menos me molesta.

He leído siempre la sección de «Las amigas y los amigos incógnitos», y hoy, después de mucho vacilar, me decido a escribir para ver si encuentro algún amigo que me brinde su amistad, que yo, por mi parte —de encontrarlo—, se la ofrezco muy sincera.

Tengo diez y nueve años, soy alegre, me gusta ser franca, tanto, que algunas veces soy demasiado. Me molestan extraordinariamente los «niños peras» y el «flirt»; creo que lo mismo una cosa que otra son dos cosas peligrosas: los primeros, porque son incapaces de hacer nada con sentido común; y lo segundo, porque casi siempre sale alguien perdiendo (las más de las veces, «ellas»).

Si alguno de vosotros me contesta, puede tener la completa seguridad de que seré para él una verdadera amiga y procuraré hacerle esta correspondencia lo más agradable posible.

No me interesa para nada que sea guapo; me gustaría que fuese alto y fuerte: *todo un hombre*; que no use pantalones «chanchullo» y, ¡por Dios!, que no sea «pollo nata».

Termino dando un viva a la simpática revista MUJER, con la confianza de que algún alma caritativa se acordará de—ORIENTE.

Amigos incógnitos.—En esta simpaticísima Revista hago mi presentación, que es de lo más desinteresada; dispuesta a dar mucho y a no recibir nada (no os hagáis la ilusión que esto de dar puede traducirse en pesetas, porque no tengo ni una); pero moralmente quisiera ayudaros con todas mis fuerzas, pues tengo unos sentimientos delicadísimos, y mi ideal sería contribuir para que mis amigos fueran felices.

Espero que alguno necesitará de esta humilde—AMAYA.

No paséis por alto estas líneas.

No sabe la simpática amiga que me conteste el bien que hace en el corazón de un desvalido de la guerra, que nunca tuvo persona amiga, tal vez por ser muy explícito o no estar dotado de otras cualidades de que se jactan los hombres (si es que esto se les puede llamar a los de ahora).

Aquí doy por terminada mi petición, que mucho me temo no sea acogida con el mismo afán con que yo la hice; compadézcase, amiguita, de un ser muy desgraciado.—SERGIO M. C.

CUPÓN DE LAS AMIGAS Y LOS AMIGOS INCÓGNITOS:

Con cada comunicación destinada a LAS AMIGAS Y LOS AMIGOS INCÓGNITOS debe enviarse cuatro cupones como éste. La comunicación se publicará, o no, íntegra o parcialmente, según el criterio de la Dirección. El hecho de hacer uso de este cupón, supone la renuncia a toda clase de reclamaciones.



No soy solo el que está aislado de amistades por esta simpática Revista, la cual ha tenido el acierto mi hermanita en suscribirse. Veo existen muchos mortales en mi «situación», y solicito a las lectoras de MUJER una amistad que podría muy bien hacerme vivir con una ilusión que hasta ahora, a pesar de mis veintiocho inviernos y mis cabellos de plata (vulgo canas), no he podido hallarla.

Podría muy bien contestar a las solicitudes de muchas supuestas venusas; pero como que hasta ahora, si he querido una amiguita, me la he tenido que agenciar yo, quiero en esta ocasión probar la suerte y ver si ahora con el incognitismo me requieren a mí.

En lo que a continuación solicito voy a ser un poco exigente, y que aunque en cuestión de «faldas» me gustan todas (entiéndase «faldas», no por el tejido, sino por el maniqui viviente), pido que la que tenga a bien sostener una correspondencia con mi *repitil personilla*, sea bastante bien parecida, para poder darme mayor ilusión a mis escritos, y... por si acaso diese la casualidad de algún día conocerla, no perder la estabilidad por el desengaño.

Así es que manos a la obra. Tengo papel y estilográfica para rato; y si no os cansais antes vosotras, a pesar de mis ocupaciones, distraeré algunas horas a mis «incógnitas», que también pudieran servirme para mí.—FRIGORÍGENO.

¿Qué lector quiere amistad con este tesoro? Soy completamente albina; chata como un bulldog (ignoro si se escribe así); boca estilo buzón de «cartas»; picada de viruela, por única desgracia, y tuerta por un flechazo mal dirigido por Cupido. Algo de calvicie, y mi estatura es de 1'005 milímetros. Mis pies, que muy bien pudieran ser diminutos, me permiten dormir las siestas, en verano, sin usar el lecho.

Conque considerando la modestia una riqueza, ¿quién se encarga de esta fortuna?—EULALIA.

C. P.—¿En qué mundo has vivido, encantadora C. P., que no pasaste penas ni alegrías, y, lo que es peor aún, no sentiste amores?

Aquí tienes un incógnito amigo dispuesto a hablarte de arte, libros, música, pintura, etc.; claro que malejamente, como sé hacerlo; pero que tiene pero que muy buena voluntad para ello.

Preguntas: ¿Quién es el culpable de que hoy en día nos engañemos, hombres y mujeres, no dejándonos conocer?

No es que no nos conozcamos, sino todo lo contrario. Hoy hombres y mujeres nos conocemos sobradamente, por desgracia; lo que pasa es que no nos fiamos los unos de los otros, precisamente por eso: porque nos conocemos demasiado. Ya tienes «al culpable». ¿Estamos conformes?—ATILA.

A Rubia y Chiquita.—Te felicito por las bellezas de tu carácter y por tu aversión a los aviadores militares; pero eres injusta con ellos. Ten en cuenta que son valerosos como nadie, más, mucho más que los toreros, que tal vez te encanten; son más útiles, aunque no muy necesarios (pues que la guerra, a lo que más directamente se aplican sus experiencias y su necesidad, debiera de abolirse), que los políticos, y, sin embargo, a éstos, que son los que nos «avian», los soportamos sin «comernoslos crúos» como quieres hacer con esos valientes.

No seas mala Rubia y Chiquita que quién sabe si con el tiempo has de quedar prendida del ala de uno de esos héroes del progreso antes de que «ahueque el ala». Todo es posible por aquello de que no puede decirse «de este agua...» etc.—ATILA.

A Friend X.—Por razones de ajuste y tal vez cronológicamente he sido el primero, en contra de tus deseos, en contestar a Nennay; y ya ves que para contestar a sus preguntas no he necesitado saber las condiciones de nuestra amiga, de la que puedo, grafológicamente estudiada (en letra de molde), decirte algunas cositas que la caracterizan: es guapa, rubia, aunque como dijo Campoamor: digna de ser morena y sevillana; es madrugadora, hacendosa, cariñosa y muy aficionada a la cocina; pirrándose por los macarrones a la italiana, los callos a la andaluza y el huevo revuelto con tomate. Sabe hacer natillas, y le gusta el café más que las sopas de ajo. Escribe bien, piensa mejor y vamos, que la chica es de lo que no hay en abundancia.

Detesta el modernismo, y le gustan los deportes la Sierra..., la sierra de marquetrela. ¿A que sí?—ATILA.

Ninay Guzurtil.—Nunca más tranquila que ahora, mi incógnita amiga: el amor es una solemne majadería, al principio; una tontería, después, y un martirio, siempre. ¿Te parece esto poco razonable teniendo en cuenta que todos amamos? La «serie de los números primos» es ilimitada.

Vamos a un ejemplo: Supongamos, partiendo de la hipótesis, que no creo, de que seas una «quitahijos» por feisima; que hay un feliz que te dice: ¡Buenos ojos tienes, negriza! Tú, mujer al fin y al cabo, empiezas por dudarle (o aparentar que lo dudas, para que el gachó no vea que estás pirradita porque te lo digan), y terminas por «interesarte» por el galanteador.

Y te quiere, a la usanza de hoy, el tiempo necesario para «conocerle»; saber si hay «pasta» en casa, a cuanto ascenderá tu dote, etc., etc.; y si al «alma mía» no le sale la «combinación», se las «naja» cuando verdaderamente hayas llegado a enamorarte de él. ¿Qué dirás entonces que es el amor?

¿Y si te sale bien? El amor entonces es cosa «jamón»; pero como este sabroso comestible está por las nubes. ¡Créelo!—ATILA.

Gracia.—Tienes ídem: ¡mira que no haberte hecho gracia ninguno de los amigos incógnitos que han escrito hasta ahora en la simpática Revista MUJER!

¿Sabes acaso el daño tan horrible, el destrozo tan cruel que habrás hecho con esta afirmación en el corazón de más de tres «escritores»? ¡No seas cruel, graciosa Gracia! Que tiene muy poquito salero eso de desvanecer ilusiones.

Aquí me tienes dispuesto a escribirte aunque sea en taquigrafía, que es la escritura más de moda, aunque no la entiendan la mitad de los que la cultivan. ¿Verdad, Gracia, que esto tiene gracia? ¿Sí? Pues, ¡gracias!—ATILA.

Encantifio.—¿Galleguita y sostiña? ¡Embusterilla! Aunque por mi pseudónimo creas que soy uno de sus Hunos, soy de los «otros», pero sin «bananeo».

Que no soy niño «pera» te lo demuestra que me complace el ridiculizarlos en mis escritos. Con que ya lo sabes, si te satisface, cuenta desde hoy con la amistad incógnita, pero devotísima, de—ATILA.

Un par de pimpollos.—¡Hijas de mi alma! ¡Con lo que me gustan los repollos, los pimpollos y las castañuelas! ¡Aquí me tenéis, encantitos de mi vida, esperando vuestras preguntas sobre amor con más atención que los niños escuchan, en la escuela, las del Ripalda o el Astete!

Salid al mundo tranquilas, que el «mundo es un pañuelo»; y no se merienda a «naide ni a denguno». Adiós, pimpollos, ya os quiere—ATILA.

Myrto.—¿Que tienes el corazón muy grande? ¡Eres de las mías! El día menos pensado vemos nuestros corazones colgando de los garfios de una casquería.

Hoy la seriedad no sirve más que para ser guardia de la porra, y ¡bueno que no te guste el «flirt», ni tengas «spleen», pero, hijita, para vivir tan sosamente como vives, no merece la pena la vida!

Alégrate, mujer, que con el tiempo no faltará quien te diga, como yo, que estás perdiendo un ídem precioso, ¡so preciosa!—ATILA.

Lull de Belancur.—El escribir, como el comer y el rascar, todo es cuestión de empezar. Ya ves yo jamás había escrito y, sin embargo, ahora escribo más que el Tostado, por culpa de vosotras. ¿Queréis mi amistad? Pues ya sabes que para ello sólo me basta un gesto, como al baturro que quería vender a su muy amada suegra.—ATILA.

La perllita.—Diez y seis años, carácter alegre, bonita, ¿verdad? Tú no eres una Perllita, encantadora amiga incógnita, eres un tesoro con letra y música, una joya de arte. Por Dios, que no sepa Muñoz Seca que existes, porque te teatraliza. Te lo aseguro—ATILA.

Violeta de Parma.—¡Hay que ver, que te pones más triste que la mar! No seas tontuela y óyeme. En las lides del amor, ten presente que más pierde aquel que más pone. No hay hombre —lo dije hace días, te lo repití hoy y lo afirmaré siempre—, por bueno que sea, que merezca la pena de que una mujer sufra, ni que por él viertan lágrimas unos ojos, siempre bonitos por ser de mujer.

¿Que tienes penas, y todas de amor? ¡Dichosa tú! Sé —pues he pasado por tus tris-

tes circunstancias— las fatiguitas que nos causan los «achares del querer». Pero pasados éstos, he pensado en todo lo retentísimo que he sido pensando como pensaba, cuando —perdona mi sinceridad— no hay más mujeres que las madres que merezcan las lágrimas y los pesares de un hombre. ¡Que os conste!

Desecha tus penas y acógete a mis consejos, si estás dispuesta a merecer la amistad incógnita y sincera de—ATILA.

Esperanza.—¡Ay, Esperanza! La esperanza me mantiene, como a ti. ¿Dudas que has de hallar un amigo incógnito? ¡Tontuela! La revista MUJER «ha dado en el clavo». ¡Si la mayor dificultad para las relaciones entre los del bello y feo sexo estriba, precisamente, en el temor que a unos y a otros nos inspira el «acercarnos»! Y esto lo ha resuelto MUJER muy sabiamente.

Ya tienes un «valiente» que te contesta, y que lo hará cuantas veces le requieras para ello. ¿Te place?—ATILA.

Las dos.—Mirad, encantadoras chiquillas (os creo «tobilleritas» nada más): si de «una» no debe uno de fiarse, ¿cómo va a fiarse de «Las Dos»? Pero, en fin, como la Ciudad, soy alegre y confiado. Y aquí tenéis, dispuesto a «cargar» con vuestra amistad y a contestaros a cuanto queráis preguntarle, vuestro affmo. y atto. s. q. b. v. p. ¡a las dos!, a la una y... ¡a las tres!—ATILA.

Violeta, Esmeralda, Lolita, Esmeralda.—Encantadoras y sugestivas amigas, ¿os sirvo para amigo?, ¿me aceptáis? ¿Sí? Pues a escribirme, que ya veis que me gusta hacerlo. Y perdonad que os haya englobado en el saludo, pero temo que el cajista o linotipista de MUJER me pegue por pelmazo.

Ya sabéis que podéis contar con la amistad sincera de—ATILA.

Magdale.—¿Se puede? Aquí, servidor, de cuarenta años, con más sufrimientos en el alma que venturas en sus ocho lustros, viene a sacarle de dudas, si no a convencerla.

Sé, por triste experiencia, que no todos los afectos son materiales y egoístas. En cuestiones del querer —cuestión es en las que soy un «hacha»; porque de mis cuarenta años es muy posible que lleve queriendo mis buenos treinta y cinco— siempre hay una mijita de egoísmo. ¡Lo hay en el cariño de una madre!... ¿No lo crees así? Pues si lo hay en el de la madre, que es el más puro y el más intenso, ¿no ha de haberlo en el de los demás?

Es lamentable, pero es cierto. Te lo aseguro—ATILA.

Tango y Fox-trot.—¡Protesto! Contra más viejos los hombres no somos más maliciosos, ni menos francos. ¿Qué es eso?... Por el contrario: somos más sinceros y tenemos mucha más experiencia. Y conste que si bien paso de los veinticuatro, salgo en defensa de la clase de veteranos, sin llegar a la de viejos.

Otra cosa. Yo, aunque me esté mal el decirlo, soy alegre y serio. Alegre, en todo momento; serio, cuando llega la ocasión; y si no, ya lo has visto en cuanto me han «tocado a la Marina».

Mira, «Tango y Fox-trot», yo no bailo más que de coronilla; pero en eso de que me gusten todas (tal vez sea cosa de «agüelos»), como a ti todos, es una coincidencia que me hace suponer que, a pesar de mis cuarenta, no te voy a resultar malillo del todo para amigo incógnito.

¿Qué has de hacer para que no te gusten todos?... Pues lo que yo: disimularlo y hacer creer a cada uno que, individualmente, te gusta una «burrada», y luego, «si te he regaradé, m'alegro de verte bué...».

¿Que vas a tutear a tus amigos incógnitos? ¡Pues claro! O «semos o no somos». ¡Con lo que me gusta el tu... te! ¡Ya ves, no soy partidario de Mussolini! porque en eso del mús «estoy pez». ¡Te lo juro!—ATILA.

Hemos leído la Revista MUJER y nos decidimos a escribir para ver si hay por ahí dos muchachas bonitas que quieran ser nuestras amigas incógnitas.

Somos dos chicos finos (no en el sentido de gordura), del mismo nombre y casi de la misma edad, de diez y ocho años.

Nos gustan los deportes, y, sobre todo, la Sierra; el baile nos gusta también, y más que nada nos gusta, y sobre todo a mí, las mujeres bonitas.

Me gustan las chicas aficionadas a los deportes (no como otras, que las da miedo de todo); ahora, que tampoco me gustan que sean como los hombres.

Ya que conocéis nuestros datos, esperamos impacientes a ver si hay algunas chicas bonitas (siempre que sean dos amigas) que quieran ser nuestras amigas.—LOS RAFAELES.

Pero cómo es posible que en esta simpática Revista se admitan amigas incógnitas? Al hojear MUJER vi, aunque tarde, la sección amigos incógnitos. Inmensos, grandes y requetegrandes eran mis deseos por tener un amigo a quien no conociera físicamente, pero sí moralmente. Será un encanto comunicarse todos los secretos; poder preguntar sin necesidad de que la llamen romántica, o viceversa.

Y ahora, amigo incógnito, antes de que aceptes mi amistad quiero sepas algo de mí físico: soy morena, ojos negros, más bien alta, no muy delgada ni gruesa: una cosa regular. Tengo un carácter entre alegre y melancólico. Verdaderamente, mi carácter es muy desigual; tan pronto río, que son la mayoría de las veces, como me encuentro con una tristeza infinita. Ya no te cuento más, porque a lo mejor te desanimas, y, además, lo reservo para cuando aceptes mi amistad.

Espero con mucha tristeza, porque creo llegué tarde. ¿Pero quedará alguno que quiera aceptar mi amistad? Si pudiera ser, que no sepa mucho mundo, porque soy un poco ingenua y no quisiera deshacer este encanto.

Qué tonta te parezco, ¿verdad, amigo incógnito? Pero a pesar de eso tengo un corazón muy grande. Si te hace, vengan esos dátiles.—CORAZÓN DE ORO.

Amigos incógnitos.—A todos me dirijo; tal vez hubiese podido hacerlo a alguno en particular de los que escriben en esta Revista. (Y que no duden ustedes que hay alguien que me ha sido sumamente simpático); pero como no me gusta, como mujer, tomar la iniciativa, me gustaría tener la suerte de que alguno tuviese la feliz idea de contestarme.

Soy joven, alegre y me encanta flirtear; así que no quiero engañar a nadie; mi deseo es divertirme y flirtear. Ya se enteran. El que se atreva, que escriba.—TRIGUEÑA.

Vamos a ver. ¿Quién es el lector de esta simpática Revista que quiere ser el amigo incógnito (claro es) de esta castellana?

Tengo diez y ocho años, y aunque bastante alegre, soy también bastante formal, aunque esto les parezca mentira, pues en estos tiempos hay tan poca...

Como todas las mujeres, también soy caprichosa, y me gustaría no tuviese otra amiga incógnita más que yo, y, si es posible, tampoco novia.

¿Quién es el que se decide a ser el amigo que busco?—DORY.

Amigas y amigos incógnitos.—Yo, como muchas lectoras de MUJER, deseo tener una amiga o amigo; pero amigo de verdad, a quien contar mis penas y mis alegrías. ¿Quién de vosotras, queridas amigas, me dará su incógnita amistad?

Yo no soy una de esas muchachas que se llaman «niñas bien» ni tampoco una «rara»; soy una muchacha «intermedia».

Soy muy joven, morena y castellana; y tengo..., no quiero decir mi edad ni hacer mi retrato; cuando tenga un amigo, entonces.—HELIOTROPO ESPAÑOL.

A Esperanza.—¿Desea usted un amigo incógnito? Con mil amores. Yo le ofrezco mi amistad. Sin conocerla confieso que me inspira usted una profunda y cariñosa simpatía. Dígame lo que piensa y lo que siente, y me consideraré muy dichoso en corresponder con mi opinión. No sé por qué se me figura que debe usted ser una mujercita deliciosa e inteligente. Así me gustan las mujeres.

Feliz salida y entrada de año.—FAUSTO-LIRIO.

Tango y Fox-trot.—Yo, que tengo veinticuatro años, pero tan inocentón y franco como si me quitaras los veinte y llevara todavía peles. De alegría, no hay que decir: figúrate unas castañuelas tocando solas y tendrás mi retrato exacto, en cuanto a carácter, ¿eh?

Pero... nada, lo que te aconsejo es que me mandes (por telégrafo) tu fe de bautismo, porque yo, chiquilla, tantas vez cuantas me gustan, y la última... la última me deja siempre pasmado, y esta vez, boquiabierto. ¿La mandaste ya?—POLKA Y MATGHICHA.

SERVICIO DE PATRONES



MUJER ofrece a todas sus lectoras, aun a las menos expertas en la ciencia del corte, el medio fácil, rápido, práctico, sencillo, seguro y económico de reproducir.

Toda la correspondencia relativa a esta sección debe dirigirse a Redacción de MUJER. (Sección de patrones.) Madrid. Apartado 447.

CUALQUIER FIGURÍN DE MODAS

que se publique o se haya publicado en esta revista. Para ello ha montado un servicio de patrones, que se remitirán, por un precio módico, a toda lectora que lo desee, sin que tenga que tomarse más molestia que la de enviar las siguientes indicaciones:

1.ª El número y fecha de la revista y el número de la página en que se haya publicado el figurín elegido.

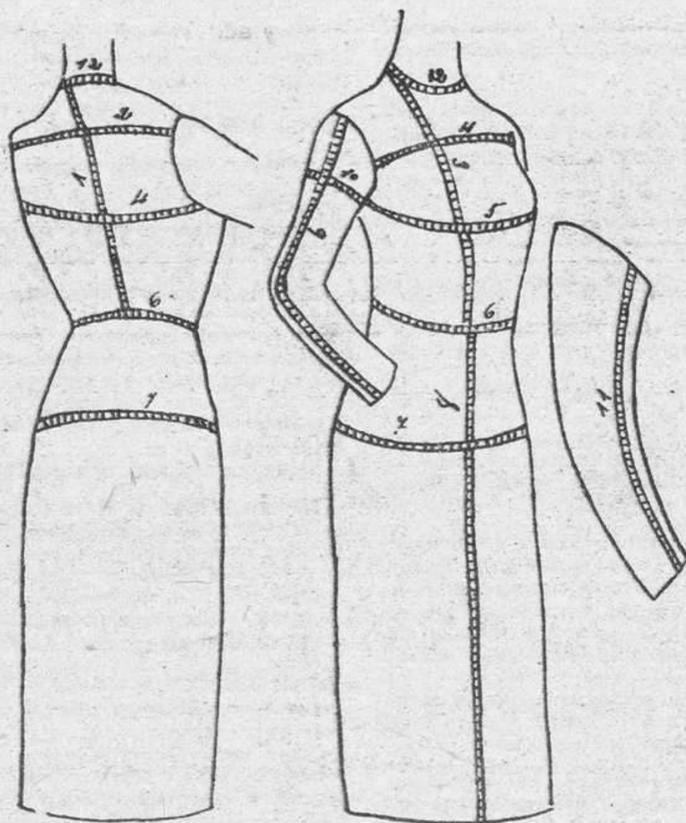
2.ª Reproducción de la primera línea del pie correspondiente a dicho figurín.

3.ª Las medidas de la persona para quien haya de ser el patrón. Estas medidas han de ser exactamente tomadas, según va indicado en esta misma página.

El importe del patrón, más 50 céntimos para gastos de envío y franqueo certificado, puede enviarse por Giro Postal o en sellos de Correos.

Los precios de los patrones son los siguientes:

	Pesetas.
Vestido de señora.....	2,75
Vestido de señor, complicado....	3,25
Traje de sastre completo (levita y falda).....	4,00
Levita.....	3,25
Falda.....	2,00
Blusa.....	2,00
Abrigo.....	4,00
Camisa de noche.....	2,00
Camisa de día.....	1,50
Pantalón.....	1,50
Combinación.....	2,00
Corsé o faja.....	2,75
Sostén.....	1,50
Vestido de niña.....	2,75
Abrigo.....	2,75
Traje de niño.....	2,75
Abrigo.....	3,00
Pantalón.....	1,50
Blusa.....	1,50



Manera de tomar las medidas.—Número 1. *Talle por detrás.* Como indica el dibujo.—Número 2. *Ancho de espalda.* A unos 10 centímetros del centro del cuello, y de un brazo a otro.—Número 3. *Talle por delante.* En la forma que indica el dibujo, anotando en esta medida el punto que roza en la parte más saliente del pecho.—Número 4. Todo alrededor del cuerpo, por debajo del brazo, y por encima del pecho, quedando el metro horizontal, tanto en el pecho como en la espalda.—Número 5. *Contorno de pecho.* Lo mismo que la anterior, sino por la parte más saliente del pecho y dando un centímetro más de lo justo.—Número 6. *Cintura.* Alrededor de la cintura y bien ajustada.—Número 7. *Cadera.* Alrededor de la cadera, por su parte más ancha.—Número 8. *Largo de falda.* De la cintura hasta donde se quiera que llegue.—Número 9. Manga desde el hombro a la muñeca, teniendo el brazo doblado y anotando el punto que roza con el codo.—Número 10. Alrededor del brazo, por su parte más ancha y añadiendo 3 ó 4 centímetros más.—Número 11. Desde el nacimiento del sobaco, a la muñeca, por delante, y teniendo el brazo bien estirado.—Número 12. Alrededor del cuello, por su parte más baja. Para vestido, se anotará la medida desde el hombro, a donde se quiera que sea de largo. Se recomienda especial cuidado en la exactitud de las medidas, porque de ello depende el buen éxito de los patrones.



Servicio de labores.—MUJER ofrece a todas sus lectoras un medio fácil y cómodo de reproducir cualquier labor cuyo grabado se haya publicado en sus páginas.

MUJER envía a cualquier lectora que lo desee las labores elegidas, empezadas y con todo el material necesario para su confección: tejidos, lanas, sedas, algodones, agujas, ganchillos, etc., etcétera, en condiciones económicas *excepcionalmente ventajosas*.

Para saber el precio de determinada labor (empezada y con todo su material correspondiente), la lectora no tiene más que escribir indicando las dimensiones que deberá tener la labor y la clase de materiales que desea emplear, incluyendo en la carta 50 céntimos en sellos, para gastos de envío y franqueo de la respuesta. A la mayor brevedad recibirá la contestación, y le bastará entonces con enviar por Giro Postal o en sellos el importe para recibir la labor empezada, con todo su material correspondiente.

Toda la correspondencia referente a esta sección deberá dirigirse a **Redacción de MUJER. Servicio de labores. Apartado 447, Madrid.**



Las comparaciones son odiosas... y por eso nosotros no pretendemos comparar MUJER con ninguna revista. Todas, como la nuestra y como todo en el mundo, tienen cosas buenas y cosas malas. Y el trabajo de todos es cosa, para nosotros, respetable y compatible con los demás.

Pero hay personas que se empeñan en comparar... y que comparan un poco a la ligera. Para ellas, y sólo para ellas, un ruego. Cuando estén irrevocablemente decididas a hacer la comparación, tomen en una mano los números publicados en un mes (aunque sólo tenga *cuatro miércoles*: marzo, junio, septiembre, diciembre tienen este año *cinco*), y tomen en otra mano los números publicados por la revista con la cual se obstinan en comparar MUJER. Cuenten las páginas, **excluyendo anuncios**, que tienen los cuatro (o los cinco) números mensuales de MUJER y cuenten luego las que tienen los números que haya publicado en el mismo mes la revista de que se trate. Mucho mejor aún: cuenten el número de figurines, de dibujos, de grabados de nuestros cuatro (o cinco) números mensuales; cuenten luego los de los números mensuales de la otra revista que quieran comparar. Cuenten *sobre todo* las letras; el número de letras, **excluyendo anuncios**, que damos al mes y el que da la revista que hayan elegido para la comparación.

Y sobre todo, hagan una sencilla experiencia: tomen sucesivamente los cuatro (o los cinco) números mensuales de MUJER y los que en el mismo mes haya publicado la revista de que se trate. Léanse unos tras otros y compárese el tiempo que dure la lectura de éstos y aquéllos.

Después, anótese la cantidad de cosas diferentes, la cantidad de cosas interesantes, la cantidad de cosas útiles, la cantidad de ventajas que se encuentran en los cuatro (o los cinco) números mensuales de MUJER y en los números correspondientes de otra revista similar cualquiera. Después, compárense los precios respectivos y deduzca cada cual lo que proceda.



Tapas para encuadernar la colección de MUJER.—Estamos preparando unas artísticas tapas para que nuestras lectoras puedan conservar la Revista elegantemente encuadernada. Dichas tapas, en tela inglesa con preciosa estampación en colores, se harán por trimestres. Excepcionalmente, la primera comprenderá todos los números publicados en el año 1925. El precio de cada tapa será de **seis pesetas**. Para los suscritores costará solamente **cuatro pesetas cincuenta céntimos**. Para recibir las a domicilio habrá que agregar al precio indicado una peseta para gastos de embalaje, envío y franqueo certificado. Los lectores que nos hagan el pedido de tapas en seguida nos prestarán un servicio, porque podremos calcular mejor la cantidad de tapas que hemos de hacer. Además, quien haga el pedido ahora estará seguro de recibir las tapas en cuanto estén terminadas. Además, si el número de pedidos excede del número de tapas hechas, no podremos servir los pedidos que se nos hagan después de haberse terminado, porque no se reharán. Por lo cual, sólo quien nos pida las tapas con anticipación podrá estar seguro de recibirlas.



Regalos. Comunicaciones.—Todos los suscritores de MUJER por un año tienen derecho —mientras no se anuncie lo contrario— al regalo de libros que se anunció en los primeros números de MUJER; pero precisamente **en las condiciones que allí se indican**. Las peticiones disconformes con ellas no se tendrán en cuenta. Los que no hayan hecho uso de este derecho pueden reclamarlo. Los que necesiten consultar algún punto relacionado con este regalo o con otro asunto cualquiera, deben enviar cincuenta céntimos para la contestación.

LA COCINA

Gran Enciclopedia gastronómica, publicada por la EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA"



DOS TOMOS
175 grabados
6 láminas,

200 Sopas, consommés
y cocidos.
100 Guisos de huevos,
409 Pescados,
448 Carnes.
Infinidad de fórmulas
para tés, meriendas,
etcétera.

3.000

recetas

Definitivamente incorporadas
a la Ciencia culinaria.

PARA TODOS LOS GUSTOS
PARA TODAS LAS BOLSAS
PARA TODOS LOS CASOS

PARA MESAS LUJOSAS
PARA HOGARES MODESTOS
PARA RICOS O HUMILDES BOCADOS

PARA GRANDES COMIDAS
PARA ESCUETOS YANTARES

PARA HACER COMPATIBLES EL GUSTO Y EL GASTO



DOS TOMOS
1.076 páginas
de texto.

317 Caza y aves.
260 Verduras y le-
gumbres.
35 Arroces.
44 Ensaladas.
500 Dulces y postres.
Etc., etc., etc.

Señora...!

Ensaye usted este libro.

... y lo consultará todos los días
... y mejorará su mesa
... y reducirá su presupuesto.

Tan seguros estamos que devolveremos a usted su dinero si no comprueba que **LA COCINA** es el mejor, y más completo, y más útil, y más práctico libro de cocina.



PRECIOS DE LA OBRA COMPLETA:

18 pesetas en rústica con
cubierta en colores.

En tela, sólida encu-
dernación, pesetas

21



SE VENDE A PLAZOS

PÍDANSE · CONDICIONES

A L A

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S. A.

CALLE DE VALENCIA, 28. MADRID

OTTO SCHUBERT

HISTORIA DEL BARROCO EN ESPAÑA

DE todas las Artes, la Arquitectura es aquella cuyo conocimiento puede menos eludir cualquier persona siquiera medianamente cultivada. Cabe excluir de la vida normal y aun de las excursiones del turista la visita de museos, la contemplación de cuadros, de esculturas, la audición de obras musicales. Pero nadie puede, en su ciudad o en las ajenas, eludir el enfrentarse con las obras del Arte arquitectónico. Los monumentos religiosos o civiles son pie forzado de todo viaje; y no se puede sin desdoro mostrar una total incompetencia en los estilos y sus épocas.

Mas si esto puede afirmarse de la Arquitectura en general, cabe decir que de ninguna de sus épocas se impone el conocimiento al hombre de hoy como la correspondiente al estilo barroco.

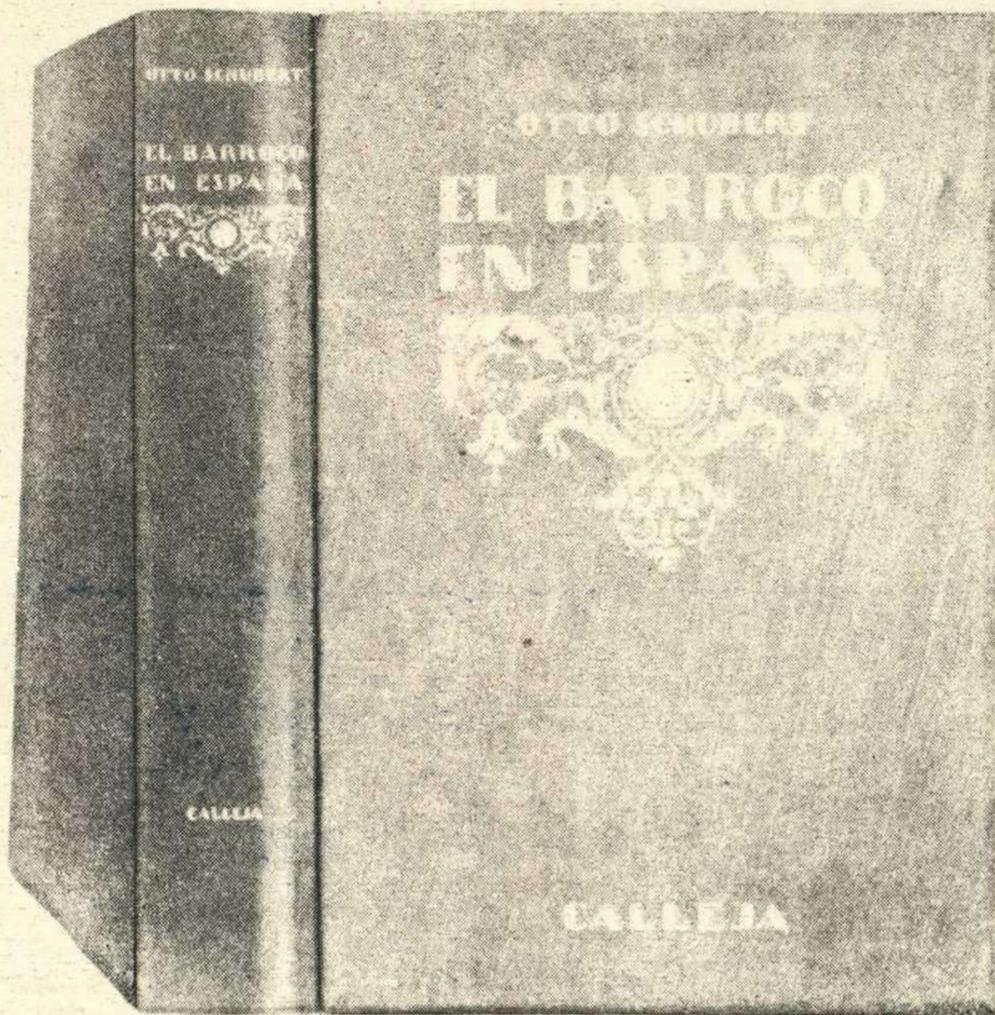
El interés, la vitalidad, la transcendencia del estilo barroco muéstrase al considerar cómo esa palabra, cual pocas sugestiva, se ha desbordado del campo arquitectónico y ha inundado el léxico general, aplicándose a toda clase de conceptos. A nadie se le ocurrirá resumir la idiosincrasia literaria de un escritor actual diciendo que es *románico* o *árabe*; pero se le dirá *barroco*, y todos trazaremos mentalmente el gráfico o la silueta de su personalidad espiritual. Y pueden ser *barrocos* un pintor, una escultura, una inteligencia, una afirmación.

Quiere decir que si el barroco en arquitectura no fuera de por sí uno de los períodos más interesantes, más cuajados de maravillas, más dignos de conocerse y estudiarse, lo sería por esa singular extensión de su significado y de su nombre, más que nunca de actualidad, más en auge que nunca.

Esta HISTORIA DEL BARROCO EN ESPAÑA que ofrecemos hoy, es la que D. Vicente Lampérez calificó de *obra magna* al dar cuenta de su aparición. Los técnicos en estas materias suscriben tal juicio del sabio arquitecto español; y todos coinciden en considerar a Otto Schubert como un definidor e interpretador hasta hoy sin par del magnífico barroco español y de sus impercederas creaciones.

La obra, con 293 grabados primorosamente impresos, es un libro grato, interesante y útil aun para quien sólo busque un álbum de buenas reproducciones de los más característicos y famosos monumentos de ese período comprendido entre fines del siglo XVI y principios del XVIII; es decir, de la época acaso más castiza y brillante del arte arquitectónico en España.

Un tomo de 469 páginas, con 293 grabados, esmeradamente impreso, sobre magnífico papel de primera calidad. Encuadernación en antílope fino,



estampado en oro de ley, con planchas de bronce grabadas a mano, según dibujo original; protegida por una sobrecubierta de papel muy resistente.

PRECIO: 50 pesetas

Este y todos nuestros libros se remiten sin aumento de precio a cualquier punto de España o de América con sólo pedirlos acompañando su importe a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., APARTADO 447, MADRID